

CAPÍTULO LXXX

LA CRÍTICA LITERARIA HASTA 1868

Quintana. — Bartolomé José Gallardo. — Juan Antonio Llorente. — Juan María Maury. — Manuel María de Arjona. — Alberto Lista. — Juan Nicolás Böhm de Faber. — Alcalá Galiano. — Agustín Durán. — Mariano José de Larra. — Eugenio de Ochoa. — Pascual Gayangos. — Enrique Vedia. — Dionisio Solís. — José Gómez Hermosilla. — Martínez de la Rosa. — Manuel Silvela. — Javier de Burgos. — Enrique Gil y Carrasco. — Antonio Gil de Zárate. — Antonio Ferrer del Río. — Patricio de la Escosura. — El Marqués de Molins. — Cayetano Alberto de la Barrera. — Aureliano, José y Luis Fernández-Guerra y Orbe. — Juan Eugenio Hartzenbusch. — Manuel Milá y Fontanals. — Leopoldo Augusto de Cueto. — Ramón de Mesonero Romanos. — Adolfo de Castro. — Manuel Cañete. — José Amador de los Ríos.

Como precursores de la crítica en el siglo XIX fueron muy doctos escritores del siglo anterior, que han dejado un nombre glorioso en los fastos literarios. En las Cortes gaditanas del año 12 figuraron algunos de esos hombres ilustres, y con sus escritos y discursos contribuyeron poderosamente á la extirpación de los abusos predominantes y al triunfo de las nuevas ideas que habían de prevalecer en España.

Era preciso renovar los caducos procedimientos de la Monarquía absoluta. La empeñada lucha sostenida desde entonces y durante toda la guerra de la Independencia, venció al fin con esplendores de gloria.

Si como poeta nacional y de altos vuelos resplandeció Quintana, como crítico fué también uno de los primeros. Por su exquisito gusto literario, tenía superior criterio para razonar y discutir, sostener y hacer triunfar sus opiniones. Sobre nuestros poetas antiguos y clásicos dejó inapreciables juicios, y supo conservar el más depurado gusto, en medio de las perturbaciones que imponían el romanticismo. La crítica histórica fué por él cultivada con alientos y perfecciones de un clásico.

Desde 1797 había escrito un ensayo de *Vida de Cervantes* que, aunque deficiente, fué muy apreciado.

«Habiéndose publicado después (dice el señor don Ramón León Máinez en su amplia obra *Cervantes y su Época*) las notables producciones de Pellicer y Nava-

rrete, el ensayo de Quintana quedó olvidado, pues era de escasa significación, si se compara con las obras de los dos cervantistas mencionados. Quintana no abandonó, sin embargo, nunca su propósito de mejorar la primitiva composición para que fuese digna del preclaro hijo de Alcalá, á quien adoraba; y siempre pensó en incluir su nueva biografía de Cervantes entre las *Vidas de españoles célebres*.

Las ideas liberales que profesaba con gran sinceridad el majestuoso poeta, le atrajeron muchas enemistades. Especialmente, en los periodos de reacción, después del sistema absoluto implantado por Fernando VII desde 1814, su vida estuvo expuesta á multitud de malvadas persecuciones que no le dejaban un momento de sosiego. Cuando el déspota falleció, Quintana pudo dedicarse con tranquilidad á sus estudios preferentes. En el reinado de Isabel II, de la que había sido preceptor, llegó á un punto increíble la veneración con que se le miraba. La admiración nacional coronó al poeta, por mano de su regia discípula, como premio único y excepcional, debido á la realeza soberana de su patriotismo y de su inspiración.

En los años cercanos á esta glorificación magnífica fué cuando apareció la *Vida de Cervantes*, aumentada y corregida por él, en el tomo de la Biblioteca de Rivadeneyra, en que se coleccionaron casi todos sus escritos en prosa y verso.

Pocas páginas forman la biografía de Quintana; pero son páginas de oro acendrado y purísimo que, entre todos los trabajos dedicados al estudio y alabanza de Cervantes, se distingue por su preciado realce literario, agudeza de juicios y excepcional dominio para percibir y patentizar bellezas. Es un estudio sintético hecho con mucho primor y esmero. Don Antonio Ferrer del Río dijo que la *Vida de Cervantes* «es superior á cuantas se han escrito de aquel grande hombre.» La afirmación es cierta, aunque sólo relativamente, pues si bien resulta deficientísima, comparada con las de Pellicer y Navarrete en cuanto á noticias y pruebas documentales; en orden á su mérito literario fué hasta su tiempo la más excelentemente escrita.

Quintana componía en prosa de manera gallarda, concisa y enérgica, que llegaba á las formas más elocuentes y majestuosas cuando el sujeto lo requería. Su privilegiadísima imaginación creadora, fecunda en imágenes, producía nuevos seductores giros, nuevos modos de expresar las ideas sobre asuntos ya tratados por otros autores, nuevos caminos de acierto para juzgar y admirar al gran varón y sus libros.

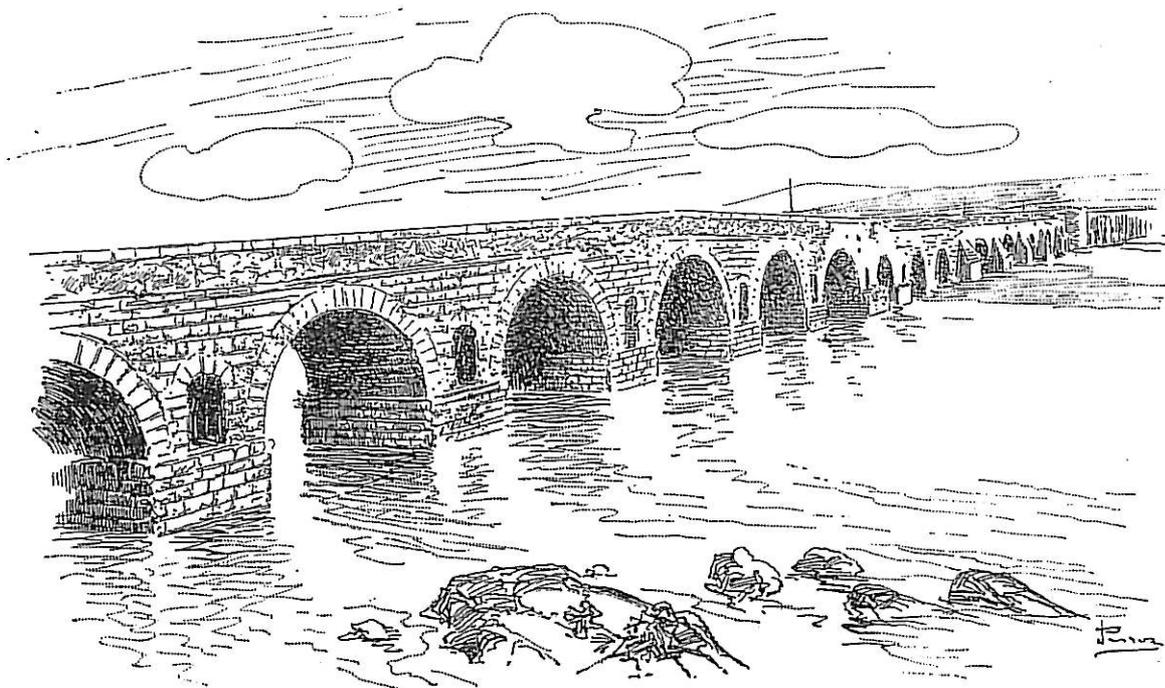
Mirada á esta luz la labor de Quintana es insuperable como crítico. Nadie supo sentir tan profundamente como él cuanto dijo para enaltecer al primer Escritor patrio, á quien tenía levantado altar de adoración en su alma. Nadie con mayor autoridad que él para comprender y abarcar en todo su conjunto y en toda la sublimidad de su hermosura y perfección las magnas prendas inventivas del inmortal Autor del *Quijote*.

El gran poeta de la prosa fué dignamente juzgado por el gran artista de la poesía. Ambos inmortales, ambos Genios, ambos glorias de España.

Cervantes, admiración del siglo XVII; Quintana, prodigio del siglo XIX.»

Debemos citar también como uno de los primeros críticos españoles á don Bartolomé José Gallardo, que fué bibliotecario de las Cortes de Cádiz, y se hizo célebre por su *Diccionario crítico burlesco*, donde abunda la gracia y el desenfadado más soberano.

Había nacido Gallardo en Campanario (Badajoz) el 13 de Agosto de 1776. Fué siempre liberal, pero dedicó su vida á la bibliografía, en la que descolló como



BADAJOZ — (Mérida). Puente romano sobre el Guadiana.

maestro insuperable. Su afición á los libros antiguos, depuró más y más su gusto; y de papeles y documentos curiosos reunió tan considerable número, que le proporcionaron infinidad de datos rarísimos para miles de papeletas que han servido después de base, aclaración y comentario para trabajos especiales, como el *Ensayo de una Biblioteca Española de libros raros y curiosos*.

« Los apuntes de Gallardo, dice Valera, han servido para componer la precitada obra en cuatro grandes volúmenes, que presuponen la adquisición y posesión de gran multitud de libros, preciosos los más de ellos por su rareza. A fin de hallar estos libros y de poseerlos, Gallardo, así como Gayangos y Estébanez Calderón, solían hacer pásmosos esfuerzos y no pequeños sacrificios.»

Su erudición y buen gusto literario eran tan grandes, que habiendo publicado don Adolfo de Castro *El Buscapié*, como obra inédita de Cervantes, Gallardo lo

rechazó como apócrifo, y la crítica ha aceptado el razonamiento de Gallardo con asentimiento general.

Publicó también un periódico satírico y bibliográfico que tituló *El Criticón*. Se imprimieron 6 números, de 64 páginas cada uno, en 8.º.

Estos números se conservan con gran aprecio entre anticuarios y bibliófilos, y algunos obtienen precios crecidos.

Sin ser verdadero poeta Gallardo, «su dichosa afición á nuestros poetas de principios del siglo XVII suplió su falta de estro,» y cita Valera como bello modelo su canción romántica *Blanca Flor*.

«¿A qué espuestas y ventanas
Clavar con tanto rigor,
Si de par en par abiertas
Tengo las del corazón?
Así con su madre á solas
Lamenta su reclusión,
La bella niña cenceña,
La del quebrado color;
De amargo llanto los ojos,
El pecho lleno de amor;
*Y de par en par abiertas
Las puertas del corazón.*
¡Madre, la mi madre, dice,
Madre de mi corazón,
Nunca yo al mundo naciera
Pues tan sin ventura soy!
Atended á las mis cuitas,
Habed de mi compasión,
*Y de par en par abridme
Las puertas del corazón.*
Yo me levantara un día
Cuando canta el ruiseñor,
El mes era de las flores,

A regar las del balcón.
Un caballero pasara
Y me dijo: ¡Blanca Flor!
*Y de par en par abríome
Las puertas del corazón.*
Si blanca, su decir dulce,
Colorada me paró.
Yo callé, pero miréle:
¡Nunca le mirara yo!
Que de aquel negro mirar
*Me abraso en llamas de amor,
Y de par en par abrí
Las puertas del corazón.*

Yo os obedezco sumisa,
Y no me asomo al balcón,
¿Que no hable?—Yo no hablo.
¿Que no mire?—¿Miro yo?
Pero que le olvide, madre...
Madre mía, olvidar no;
*Que de par en par le he abierto
Las puertas del corazón.*

De esta clase de composiciones poéticas dice el mismo Valera que «valieron para soldar con mayor firmeza la antigua poesía española con la más reciente y para preparar el elemento más nacional y más propio que entró en la formación del romanticismo».

Gallardo murió en Alcoy el año 1852.

Al hablar de Gallardo se recuerda á don Juan Antonio Llorente, que como crítico y como historiador ha dejado un nombre muy respetable, por más que la pasión quiera tildarle de inexacto y parcial en sus juicios. Pocos hombres, sin embargo, merecen más estimación por el espíritu de rectitud que le guió.

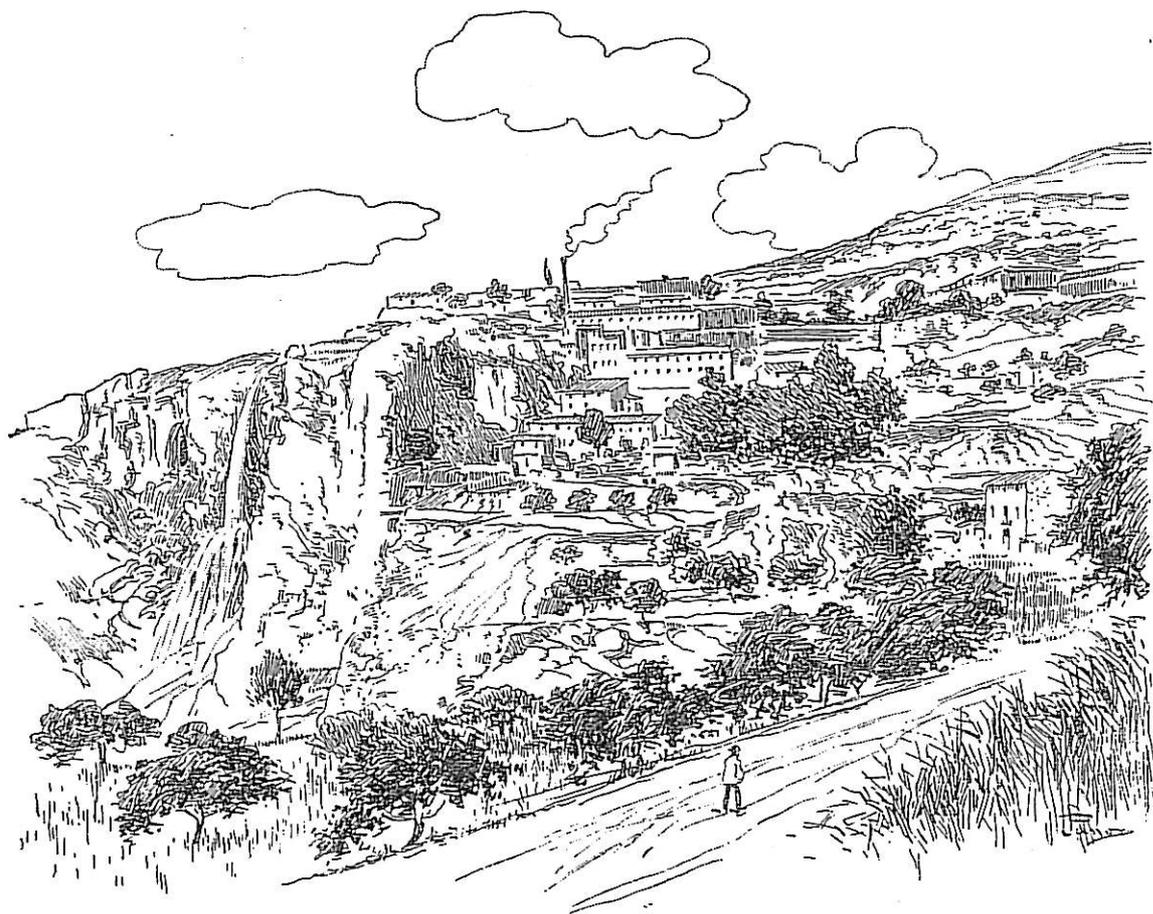
Llorente tuvo contra sí, como otros muchos españoles ilustres, el haber sido afrancesado, y cuando la invasión napoleónica estuvo resueltamente al lado de ésta, en vista de las reformas progresivas que llevó á cabo desde el principio.

Pocos españoles pudieron y supieron apreciar mejor la obra de Bonaparte que el mismo Llorente, en cuanto tenía de transformadora. Era contrario al modo

de procesar de la Inquisición, y como secretario tenía conocimiento de los abominables procederes del Santo Oficio. Era de aquellos eclesiásticos ilustrados y prudentes que comprendían la necesidad de modificar los procedimientos, en esperanza de una supresión del Tribunal, que fué el deseo de todas las personas estudiosas.

El hecho es que á Napoleón se debió el decreto de supresión del Santo Oficio, antes que las Cortes gaditanas lo acordasen así años después. Esta es la verdad histórica.

El mismo Llorente, que juzgaba favorables para España el descrédito y desaparición de Carlos IV y su hijo con María Luisa y con Godoy, porque traerían



ALCOY — El Salt y la carretera de Bañeras.

el advenimiento de ideas libres que limpiarían la atmósfera política de inmundas corrupciones; ya dijo en el prólogo de sus *Anales de la Inquisición en España*, libro que publicó en Madrid en los años de 1812 y 1813, lo siguiente:

«La supresión de este Tribunal, decretada en el lugar de Chamartín, aldea de Madrid, por Napoleón *el Magno*, emperador de los franceses, en 4 de Diciembre de 1808, ha sido la época primera en que se pudo comenzar á pensar en una Historia verdadera de la Inquisición de España. Desde su existencia faltó libertad para escribirla; y los que pudieran tenerla en Francia, Italia, Alemania y otros

países, carecían de los papeles necesarios para dicho objeto. Felipe de Limborgh; los que éste cita, el autor de la *Historia de las Inquisiciones*; el que ha publicado la otra en París en 1810, y todos los demás, han escrito sin tener á la vista los libros inéditos que había en el Consejo de la Inquisición general de Madrid.

Yo he leído muchos de ellos, y además los otros de que di noticia en la *Memoria histórica sobre cuál ha sido la opinión nacional de España acerca de la Inquisición*, que leí en la Academia Real de la Historia el año de 1811, cuyo Cuerpo literario la consideró digna de imprimirse en el tomo quinto de sus *Memorias*, y además en edición separada; lo cual ha practicado este año de 1812.»

Y con noble franqueza dice á continuación lo siguiente:

«La casualidad me ha puesto en estado de ser ahora el único tal vez que pueda escribir una historia de la Inquisición, si no completa, á lo menos bastante para dar á conocer los sucesos principales (y aun casi todos) del establecimiento español que por el espacio de trescientos treinta y dos años ha dado á los literatos del orbe conocido más ocasiones de censura que otro alguno. Me creería reo de criminal silencio si no comunicase al público la noticia de los hechos que con dificultad podría compilar otro escritor sin pasar más tiempo del que permiten la curiosidad general, y el justo deseo de los hombres que aman la ilustración de un asunto envuelto en tinieblas y equivocaciones.

Esto me ha determinado á emprender una obra que por la razón misma de haber yo reunido tantos manuscritos inéditos, me produce fatigas literarias muy superiores á lo que acaso se podrá pensar á primera vista. Dígalo cualquiera que haya tenido necesidad de investigar y combinar muchos hechos esparcidos por partes en diferentes papeles, libros y lugares.»

Quisiera él haber sido un Juan de Mariana para escribir la Historia que se proponía, á fin de que resultase agradable á todos los lectores por su estilo; pero confiesa que no solamente es inferior á Mariana, sino á otros muchos escritores de menos mérito; «y por otra parte (añade) la inconexión de los infinitos hechos aislados é independientes entre sí mismos que debo incluir en mi narración, no permite sujetar ésta á las rígidas leyes de una elocuencia encadenada, sin incurrir en el peligro de transiciones fastidiosas».

Prefirió al principio escribir *Anales* en vez de Historia, por ser más conveniente para el plan que se proponía. Algún sabio habrá (decía) que aprovechando las noticias depositadas en los *Anales*, escriba en forma de historia con toda la filosofía que conviene «para mejorar los hombres y las ideas, ejercitando la elocuencia en demostrar la nulidad é insuficiencia de los medios violentos de la Inquisición para extinguir las herejías, tanto como su injusticia y su contradicción á la doctrina del divino fundador del Cristianismo, y á las leyes de mansedumbre, dulzura y persuasión promulgadas en su Evangelio».

Los escritores reaccionarios y jesuiticos han extremado las diatribas y las especies más injuriosas contra Llorente por apóstata y por haber publicado sus obras sobre la Inquisición, como si tales hechos pudieran rebajarle por propaga-

dor de la verdad. Hay protegidos del Jesuitismo que se han ensañado en su memoria. Hemos de presentar la figura respetable de Llorente como historiador y crítico, sin descender al terreno de las discusiones personales, base de censuras caprichosas en que la pasión hace de juez, tomando por testigos de sus acusaciones las mismas armas vedadas que emplearon los enemigos innumerables del antiguo secretario de la Inquisición: la mentira y la calumnia.

Llorente era hombre de clarísimo talento é ilustración, escritor erudito, amante del progreso de su país; y al encontrarse en situación de poder cumplir con los deberes que su conciencia le exigía, hízolo sin demora, no en provecho suyo, sino para el bien general de su patria, para libertarla del oprobio que había pesado sobre ella por el nefando consorcio de reyes é inquisidores para sostener el Tribunal odioso de la Inquisición.

Desde 1765 ejercía destino en el Tribunal. Por eso habla en su *Historia de la Inquisición*, con conocimiento de causa, de que en los años de 1767, 68 y 69, quiso suprimir el Santo Oficio Carlos III, de resultas de la instrucción que recibió del Consejo extraordinario de obispos sobre jesuitas y cosas análogas, y de los grandes hombres que tuvo á su lado, el Marqués de Roda, el Conde de Aranda, el de Floridablanca y el de Campomanes. Por eso habla de que también en 1794 estuvo á punto de supresión cuando el Inquisidor general, arzobispo de Selimbria, quiso reformar el modo de proceder del Santo Oficio y encargó al mismo Llorente un discurso sobre el asunto; aunque no pudo llevar á efecto sus intenciones por intrigas cortesanas.

En 1797 se hicieron reclamaciones al Rey en favor de don Ramón de Salas, catedrático de Salamanca, contra el Consejo de la Suprema. Carlos IV mandó entonces que nadie pudiera ser preso en cárceles secretas sin noticia y consentimiento de S. M. El Decreto, redactado por don Eugenio Llaguno, ministro de Gracia y Justicia, no llegó á ser firmado por el Rey, á consecuencia de intrigas fraguadas por el presidente del Consejo de Castilla.

Son de gran interés los siguientes datos autobiográficos y á la vez históricos que trae Llorente respecto del principio del fin de la Inquisición al hablar del reinado de Fernando VII.

« Comenzó á reinar en 19 de Marzo de 1809; pero cesó luego el ejercicio de su soberanía por causa de su viaje á Bayona.



Juan Antonio Llorente.

Se subsiguó la invasión francesa, durante la cual no hubo en España Tribunal de Inquisición, porque Napoleón Bonaparte, creyéndose conquistador de la Monarquía, decretó la supresión. Dejó por rey á su hermano José, *quien me confió los archivos de papeles del Consejo de la Suprema y de la Inquisición de corte, mandando también que se me remitiesen de los tribunales de provincia los procesos y papeles que yo pidiese.*

Con su acuerdo hice quemar todos los procesos criminales, reservando aquellos que podían pertenecer á la Historia por la importancia y fama de sus causas ó por la calidad de las personas, particularmente los de Carranza, Macanaz, Froilán Díaz y algunos otros; pero dispuse conservar intactos los libros de resoluciones del Consejo, reales órdenes, bulas y breves de Roma y asuntos relativos á la hacienda, como también todas las informaciones de genealogías de los empleados en el Santo Oficio, por la utilidad que muchas veces producen para probar parentesco en pleitos de mayorazgos, substituciones, patronatos, capellanías, legados, obras pías y dotes.

El reconocimiento de los papeles y libros de los archivos indicados, me proporcionó escribir la *Memoria sobre cuál haya sido la opinión nacional acerca del establecimiento de la Inquisición.*

Esos mismos papeles, los que tenía yo recogidos desde 1789 y los que me remitieron de Valladolid y otros pueblos, me pusieron en estado de publicar los dos tomos de los *Anales.* »

Habla después Llorente de que el mismo año 13, á 22 de Febrero, las Cortes generales de Cádiz suprimieron también el Santo Oficio, volviendo á los obispos el ejercicio de la jurisdicción eclesiástica, y á los jueces seculares el de la real ordinaria, para proceder contra los herejes, conforme á las leyes anteriores al establecimiento del Santo Oficio y á las demás que se fuesen promulgando: para cuya mejor inteligencia y más fácil adopción hicieron circular cierto Manifiesto en que indicaron al pueblo una parte de las razones que había para la providencia.

Las consideraciones que hace Llorente respecto de los juicios que se habrían de dictar por los enemigos ciegos de la reforma conseguida, encierran mucha verdad y sirven para destruir las grotescas argucias de los nuevos ajesuitados censores, entre los que sobresale por sus furiosas intemperancias el señor Menéndez Pelayo.

Precedieron á la supresión prolijas discusiones en la tribuna; se pronunciaron muchos discursos elocuentes y sabios. La libertad de imprenta sirvió mucho para ilustrar las ideas; pero también la explotaron grandemente á su favor los partidarios del Santo Oficio.

Los apologistas de este Tribunal no omitieron maniobra alguna para destruir el acuerdo de las Cortes de Cádiz. *A falta de razones sólidas, usaban de los insultos, de la sátira, la ironía, el sarcasmo, la calumnia, y de todo cuanto podía contribuir á rebajar la opinión de los que procuraban sacar del error al pueblo español.*

Sabiendo cuánto poder tenía en España la nota de filósofo moderno, incrédulo, hereje ó mal católico, *se valieron también de estas armas negras* (lo mismo hacen hoy los pobres impugnadores de Llorente) *aparentando celo por la ley de Dios*. Trataron de impíos y de enemigos de la religión á diferentes varones ilustres muy acreditados en la pureza de la moral cristiana, solamente porque profesaban ideas liberales.

Todo cuanto se podía discurrir en favor de la Inquisición, se escribió en Cádiz con motivo de tan célebre controversia; pero la razón triunfó por fin en las Cortes. Y esta victoria no se alcanzó porque el mayor número de los diputados fuese de hombres irreligiosos ni jacobinos, como se dijo después, faltando á la verdad y calumniando á tan insignes varones, sino por la fuerza de las razones, contrarias á la conservación del Tribunal, que tan funesto había sido á la prosperidad nacional en el espacio de más de tres siglos.

Las Cortes recibieron infinitas exposiciones y cartas en que se les dió gracias por el bien que habían hecho á la Nación, y se las felicitaba por su victoria contra el fanatismo, la ignorancia, la superstición y las preocupaciones. Entre aquellas hubo algunas firmadas por individuos del mismo Santo Oficio, cuales fueron las de Palma de Mallorca y otras.

La del ayuntamiento de Madrid decía en uno de sus párrafos que: «Se felicitaba de ver destruído un Tribunal que convertía en tigres á los que se titulaban ministros del Dios de paz y que alejaban de España las letras y la moral.» En fin, no quedó ninguna duda de cuál era la opinión de la Nación en su mayoría.

Cuando volvió Fernando VII á su trono para que deshonrara y prostituyera á España, ya libre del yugo extranjero por el heroísmo de sus pueblos, el déspota infame, de acuerdo con la camarilla de imbéciles que le rodeaba, restableció el Tribunal suprimido, porque la Inquisición — falsedad miserable — había librado á España de la contaminación herética y de los errores que afligieron en sumo grado á otros reinos...

Llorente aprovechó aquellos años, en que tuvo que expatriarse, de absolutismo



ISLA DE MALLORCA — «El Gorch Blau.»

estúpido en España, para acometer y llevar á cabo su obra histórica acerca de la Inquisición. Poseedor de los datos más completos de que se podía disponer sobre el asunto, procedió á la confección de su trabajo, el cual resultó, si no obra maestra, de crítica y perfección de estilo, amplia historia del Tribunal con información copiosísima, con documentos fehacientes, averiguaciones por extremo interesantes, refutación de falsedades propagadas sobre el Santo Oficio, y razonamientos extensos y oportunos.

Cuatro años de revisión de documentos, composición de original, comprobación de datos é informes, correcciones de pruebas, alteraciones y variaciones indispensables, son bien escaso tiempo,—justo es decirlo,—para coordinar, redactar y concluir una obra de la importancia que acometió Llorente. Gracias á su férrea voluntad, al singular empeño que le alentaba, al deseo de que se dijera la entera verdad ante Europa y ante todo el mundo de lo que había sido en España la Inquisición, de cuántas infamias llegó á realizar, de cuántas injusticias patrocinó, á cuánta corrupción dió pretexto; arrostrando los mayores inconvenientes y obstáculos, luchando siempre, con ánimo emprendedor y decidido, apoyado por la cooperación de los pensadores, consiguió ver su noble aspiración cumplida. Ya el año de 1819 circulaba su obra por las naciones más ilustradas de Europa. Desde París había dicho la verdad, antes oculta ó tergiversada. No era ya posible el desconocimiento de los hechos. La Historia de la Inquisición estaba escrita y publicada. El nombre de su autor era objeto de grandes alabanzas.

Llorente había escrito y escribió mucho, y como conocedor de todo lo referente al Tribunal, era único y no tenía posible competidor. Por eso su Historia fué muy apreciada y se estudió y estudiará, á pesar de los impertinentes reparos que se procuran hacer en una obra cuyo primordial interés ha de estar siempre en la veracidad de la información.

Es falso, por lo demás, cuanto han dicho sobre el mérito de su labor, literariamente considerada, muchos de sus criticones enfurecidos. Llorente escribía con sencillez, claridad y precisión el castellano, sin aparentar purismos de que no blasonaba, ni le hacían falta para que aumentase con vanos adornos el interés de la narración. Sus consideraciones resultan siempre como consecuencia natural de lo que refiere, sin divertir la atención de los lectores con sorpresas de erudición ni alambicamientos de frases, que no necesitaba para escribir bien, y pensar con la alta inspiración de un filósofo.

Véase un caso práctico de lo que decimos, como ejemplo de sobriedad narrativa:

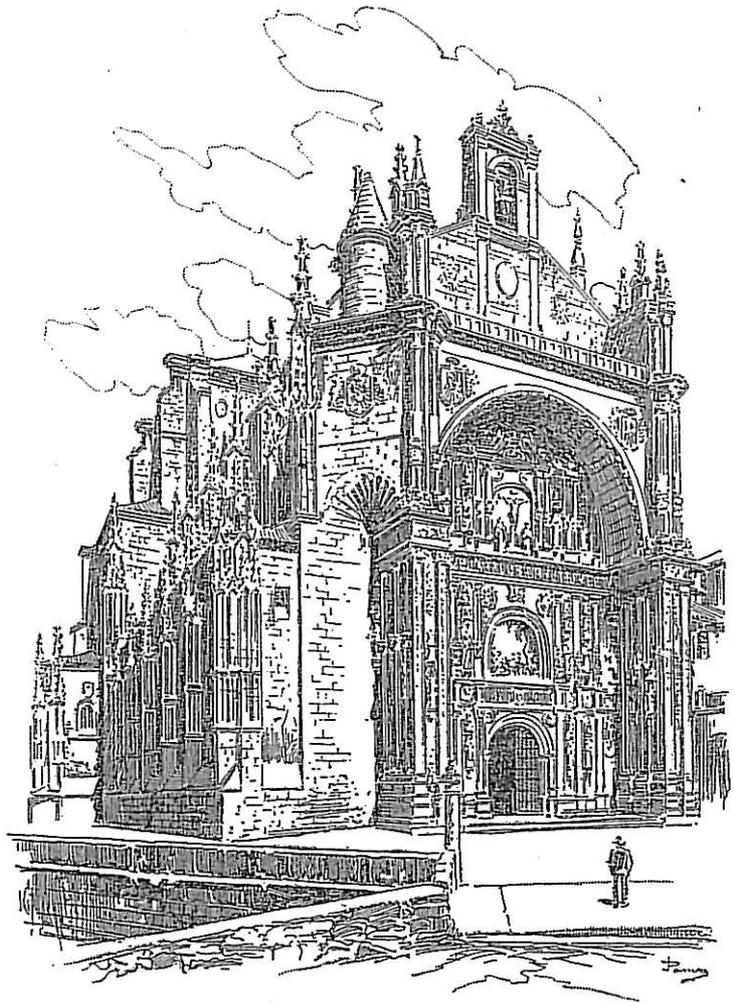
«Educada la Beata de Piedrahita en Salamanca (dice Llorente) se dedicó tanto á la oración y á las mortificaciones del ayuno y otras, que exaltada su imaginación por la debilidad, cayó en ilusión. Decía ver á Jesús y María, y hablaba en presencia de las gentes como contestando á proposiciones que suponía escuchar. Vestía el hábito de beata ó religiosa de la Orden tercera de Santo Domingo; se titulaba ESPOSA DE JESUCRISTO, y, procediendo bajo el supuesto de que siempre la acompa-

ñaba *María Santísima*, se detenía en llegando á cualquiera puerta estrecha, como para dar lugar á que pasara otra persona, y se explicaba en términos de que *Nuestra Señora* le instaba á pasar adelante por privilegio de esposa de su hijo Dios; pero que ella lo resistía por humildad, diciendo en voz perceptible: SI TÚ, OH VIRGEN, NO HUBIESES PARIDO Á CRISTO, NO HUBIERA CONSEGUIDO YO SER SU ESPOSA: CORRRESPONDE QUE PASE ANTES LA MADRE DE MI ESPOSO. Tenía éxtasis continuos; y se le notaba tal rigidez de miembros y nervios, con privación absoluta de calor en cara y manos, que parecía no tener articulaciones en sus dedos, ni movimientos en parte alguna de su cuerpo. Se dijo también que hacía milagros.

El rey Don Fernando el Católico, noticioso de todo, mandó, con acuerdo del cardenal Inquisidor general, que fuese llevada á la corte: ambos la vieron y trataron: consultaron á varios teólogos, religiosos de diferentes institutos, y se dividieron las opiniones, diciendo los unos ser una Santa llena de espíritu de amor de Dios, y otros que era una ilusa poseída de espíritu fanático: ninguno le imputaba ser hipócrita ni embustera. Se comunicó el suceso al Sumo Pontífice, quien comisionó á su nuncio y á los preladados de Vique y de Burgos, para indagar la verdad, encargándoles cortar el escándalo en sus principios, caso de conocer que allí no intervenía el espíritu divino. Los comisionados del Papa no hallaron qué reprender en su conducta de palabras y obras, y dejaron á la disposición de la Providencia el momento de manifestar si el espíritu que dominaba en la beata era de Dios ó del diablo.

Los inquisidores le formaron proceso sobre si las apariciones que contaba la beata, y las palabras que bajo este supuesto pronunciaba, producían ó no sospecha de la herejía de los *iluminados*; pero como el Rey y el Inquisidor general estaban en favor suyo, salió bien.

Su opinión quedó siempre problemática: los más creían que todo era debi-



SALAMANCA — Iglesia de San Esteban (1892).

lidad de imaginación femenina, y entre ellos el consejero de Indias, Pedro Mártir de Angleria.

Llorente refiere en su Historia multitud de casos parecidos, que constituyen páginas de enseñanza para desconfiar siempre de embelecocos semejantes. Varias veces encubrían con ellos las interesadas intentos lascivos y comunicaciones asquerosas de carnalidad.

El bien que en el orden de las costumbres hizo Llorente á todo el mundo, fué extraordinario. Con ningún tratado de elocuencia podía demostrarse tanto á la España atrasada y al mundo culto lo que realmente había sido la Inquisición, sino sacando á la pública luz su Historia, espejo fidelísimo de verdad y comprobación, ante el que podían ver y examinar todas las miradas las infamias más ocultas antes á los ojos engañados por las convencionales mentiras.

Pudo propagarse su grandiosa obra en España después de la revolución de 1820. El tirano concluyó con los hombres que más le estorbaban; pero la idea triunfó: la verdad histórica sobre la Inquisición quedó resplandeciente y triunfante. Los hechos fueron conocidos. Ya era imposible dudar.

Por eso sin más retardo ni vacilación, el Tribunal maldito quedó suprimido definitivamente por decreto de 15 de Julio de 1834.

Por eso, queriendo todavía algunos prelados que continuasen las *Juntas de fe*, conociendo en los supuestos delitos inquisitoriales, el año 1835 á 1.º de Julio, se decretó que cesasen inmediatamente dichas Juntas y que en el conocimiento de las causas de fe y de las demás de que conocía el Tribunal de la Inquisición se arreglasen á los sagrados cánones y al derecho común.

Y para impedir nuevos abusos se determinaba que las mencionadas causas se substanciaren conforme en un todo á lo que se ejecuta en los demás juicios eclesiásticos, admitiendo las apelaciones y demás que procedan de derecho.

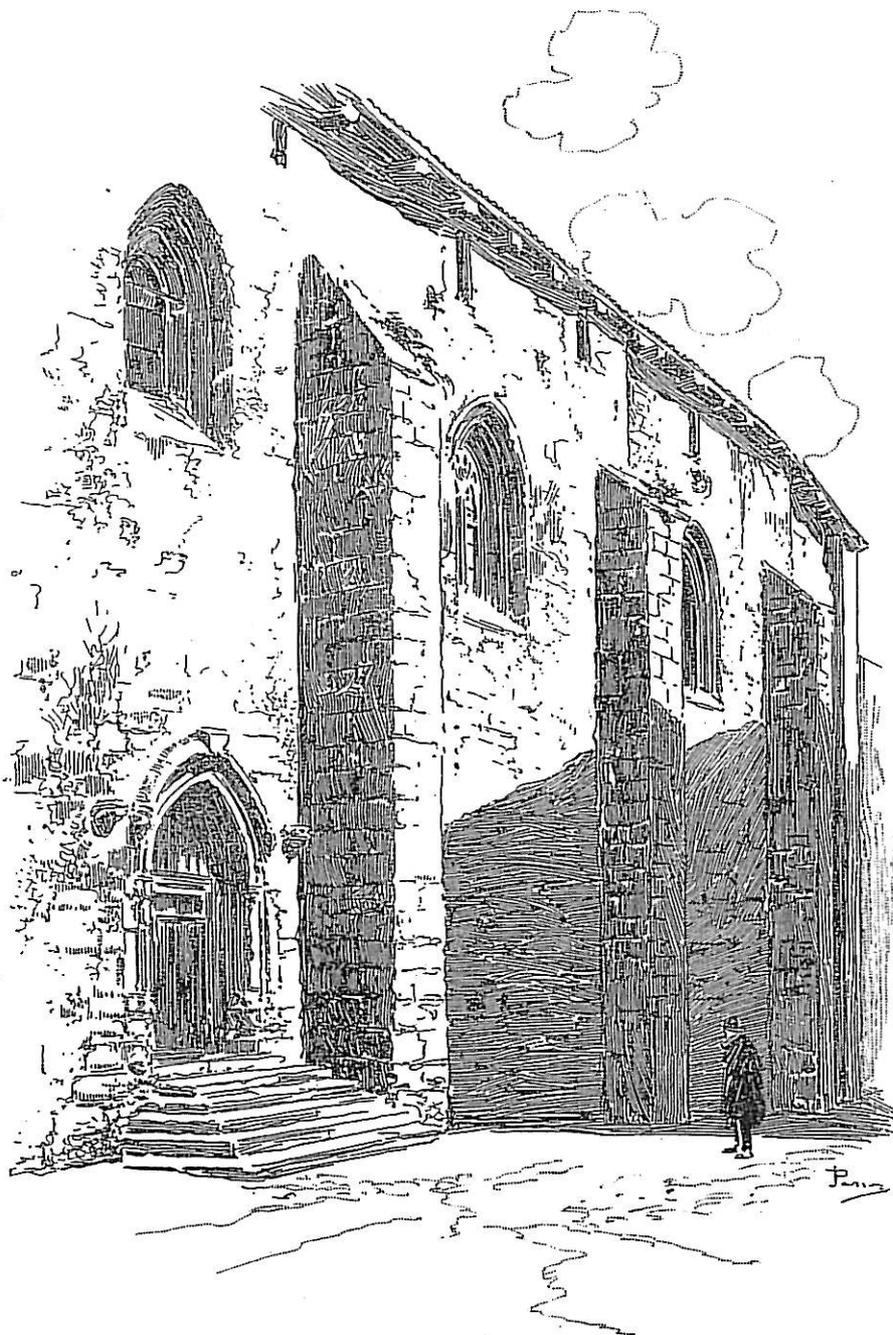
Y se ordenaba asimismo que en aquellas que se substanciaren, de cuya publicidad pudiera resultar escándalo ú ofensa á las buenas costumbres, se observase una prudente cautela para que no se divulgaran, verificándose siempre su vista á puerta cerrada con asistencia del acusado y su defensor; para quienes en ningún caso habría cosa alguna secreta ni reservada, como en las de igual clase se practica en los tribunales civiles.

Llorente hizo, en fin, una obra de civilización, cuya trascendencia es superior á todos los encomios. Por eso fué muy popular en España su libro desde 1835 á la fecha. Su Historia se ha reimpresso varias veces y ha sido traducida, antes y después, en todos los países civilizados.

La posteridad conservará con gloria su nombre. Sin sus esfuerzos, talento y fervoroso amor á la verdad, sólo hubiera prevalecido la mentira más hipócrita. El hombre de ideas, concededor de los embrollos religiosos y de las infamias inquisitoriales, ha destruído la farsa y concluído con la mentira. Ha triunfado su crítica razonada con esplendor y justicia.

Así, cuando escribe Blanco García, en su *Historia literaria del siglo XIX*, que

«La Inquisición fué coco de imaginaciones calenturientas desde que se popularizaron *los desatinos del apóstata Llorente*,» sólo puede decirse ante tamaña injusticia que sólo él supo y pudo sostener la verdad sobre el Santo Oficio y que no me-



BURGOS — Iglesia de Santa Gadea.

recen sino miradas compasivas los que ni quieren reconocer el mérito de sus trabajos ni la constancia fortalecedora de su propaganda.

Por otro género de consideraciones y trabajos consiguió también fama de excelente poeta y crítico un malagueño que se había educado en Francia, y allí

vivió después honrado por los mismos parisienses como uno de sus más afectuosos amigos. Nos referimos á don Juan María Maury.

Dice Valera que emigrado Maury y viviendo en París, prestó un gran servicio á las letras españolas con envidiable gloria suya. Venciendo las dificultades de la versificación y mostrándose eximio maestro en la lengua de Racine y de Voltaire, tradujo gallardamente en versos franceses gran número de composiciones de los mejores poetas que ha tenido España desde el principio de la edad de oro de su literatura, hasta Meléndez y Quintana.

«Acompañado trabajo tan brillante (dice el sabio crítico) con disertaciones y notas que le ilustran, apareció en París *L'Espagne poétique*, mereciendo la gratitud de los españoles, que veían así subir á sus más ilustres ingenios á la cumbre del Parnaso europeo, y obteniendo el aplauso y la admiración de los franceses, que en los más acreditados periódicos de entonces encomiaron el talento y la habilidad de Maury como versificador, el brío y la elegancia de su estilo como prosista y el mucho saber y la atinada crítica con que conocía y estimaba las diversas literaturas de los otros pueblos de Europa.»

Maury publicó en París su poema *Esvero y Almendora*, que se hizo famoso y ha sido motivo de diversas críticas por su especial carácter. El *Paso honroso* de Suero de Quiñones, que se efectuó en 1434, fué el tema de su poema. Pero advierte don Juan Valera que el *Paso honroso*, más bien que el asunto fué el pretexto de su epopeya. «Es como el lienzo y el cuadro sobre cuyos principales rasgos ha bordado el poeta una intrincada selva de aventuras y cuantos lances de amor, de gentileza y de caballerías su fecunda imaginación le sugiere.»

Confiesa el señor Valera que el argumento es algo enmarañado aunque disculpando la falta, que también se puede atribuir al *Orlando* de Ludovico Ariosto, y poner á Maury en muy honrosa compañía.

«*Esvero y Almendora*, á pesar de todo, en opinión del crítico mencionado, es un libro digno de estudio y admiración, como muestra y dechado de todos los primores y excelencias de que es capaz la lengua castellana, manejada por un poeta original, rico en saber y dotado de la más lozana inventiva.»

Maury fué uno de los iniciadores del romanticismo en España.

Murió en París, después de haber viajado mucho por Europa el año de 1845.

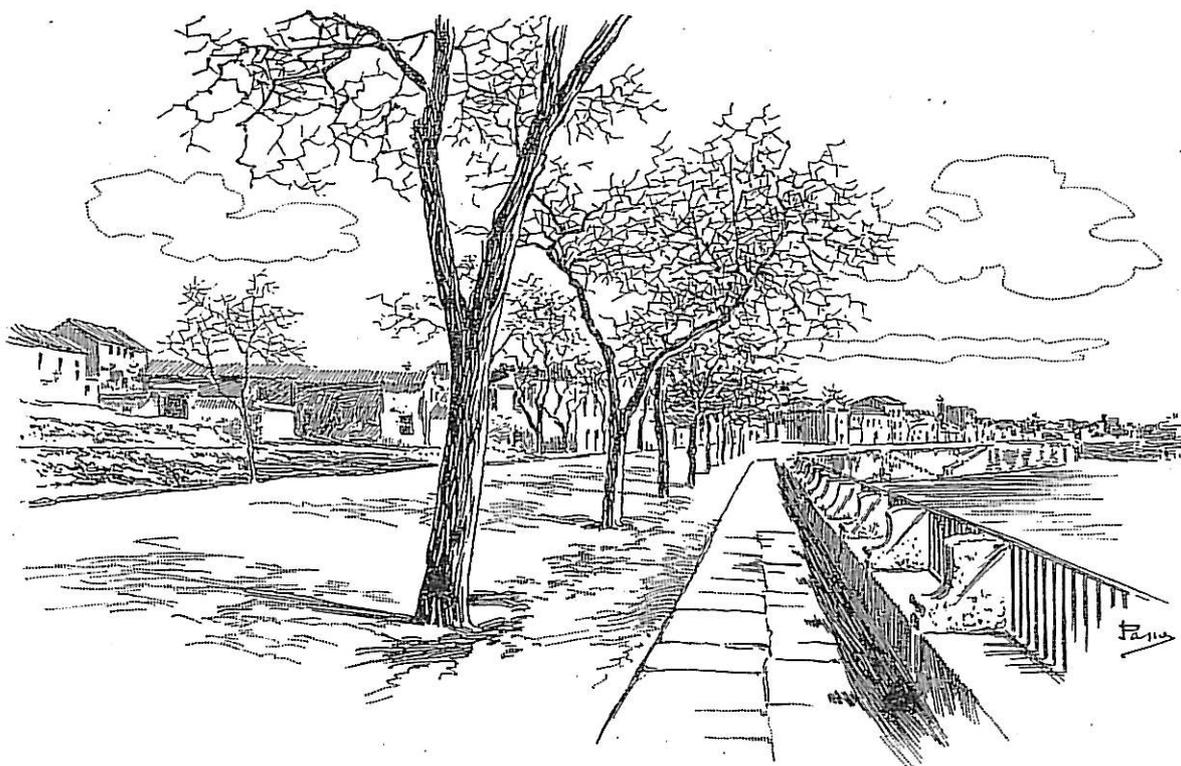
Don Manuel María de Arjona, que nació en Osuna el 12 de Junio de 1771, y era uno de los principales fundadores de la nueva escuela sevillana, que tanto esplendor dió á la poesía y á las letras españolas en el siglo XIX, se significó asimismo por su erudición y espíritu crítico.

Fué canónigo penitenciario de la catedral de Córdoba, muy perito en los idiomas griego y latino, y de mucha reputación como teólogo y jurisconsulto.

Como hombre ilustrado fué afrancesado, por más que en lo íntimo de su alma, en palabras de un ilustre crítico, «fuese muy patriota y no gustase de los invasores».

Encomendáronle éstos una comisión en Córdoba que hubo de serle gratisima: la de efectuar la supresión del Tribunal del Santo Oficio. Hizolo como podía esperarse de su entrañable amor á la causa del progreso. Entregó á las llamas multitud de documentos innecesarios que existían en el archivo, y sólo conservó los que en su sentir podían importar para la historia política ó literaria de España; procedimiento ya adoptado en Madrid por el calumniado Llorente desde los mismos instantes de la supresión.

Arjona era persona muy afable; y debido á esto, aunque se le miró con suma desconfianza en la Corte desde la vuelta de Fernando VII, supo granjearse más



CORDOBA — Paseo de la Ribera.

tarde las simpatías del Monarca. Con su modo especial de emitir los juicios y sus gracias naturales de buen andaluz, consiguió ser atendido y escuchado.

Al triunfar la revolución de 1820, defendió la libertad, de que siempre fué partidario, y compuso una Memoria sobre las necesidades que debían remediarse en las próximas Cortes. Por desgracia no pudo ver realizados sus deseos. Murió en Madrid, cuando contaba 49 años, el 25 de Julio del mismo 1820.

Don Juan Valera elogia con singulares encomios su hermosa poesía *La diosa del bosque*, pues la combinación métrica que en ella empleó Arjona por primera vez, fué seguida más tarde con bastante frecuencia por los poetas románticos.

«Como idea y como sentimiento (palabras de Valera) hay en *La diosa del bosque* no escaso valor. La criatura sobrenatural que al poeta se le aparece no es figura mitológica ni insustancial alegoría, sino que tiene sér propio, algo de sustan-

tivo y viviente, dentro de su misma vaguedad etérea. Compárese *La diosa del bosque* á los tan justamente celebrados versos de Schiller, *Das mädchen aus der Fremde*, cuyo asunto es muy parecido, y se verá que la composición de Arjona en nada es inferior á la del gran poeta de Alemania.»

¡Oh si bajo estos árboles frondosos
Se mostrase la célica hermosura
Que vi algún día de inmortal dulzura
Este bosque bañar!
Del cielo tu benéfico descenso
Sin duda ha sido, lúcida belleza;
Deja pues, diosa, que mi grato incienso
Arda sobre tu altar.

Tú, mi verso, en magnánimo ardimiento
Ya las alas del céfiro recibe,
Y al pecho ilustre en que tu numen vive
Vuela, vuela veloz.
Y en los erguidos álamos ufana
Penda siempre esta cítara, aunque nueva;
Que ya á sus ecos hermosura humana
No ha de ensalzar mi voz.

Cuando se habla de aquella nueva escuela sevillana, renacida en Sevilla á fines del siglo XVIII, parece que se evoca el nombre inmortal de un sabio crítico, la figura más eminente entre los ilustres varones que le dieron vida.

Había nacido don Alberto Lista en Sevilla, el 15 de Octubre de 1775, y murió en la misma ciudad el 5 de Octubre de 1848. Por su saber é inteligencia descolló siempre, siendo partidario de la escuela liberal, por la que sufrió persecuciones desde el año 14 al 20. Después de la estúpida reacción que empezó el año 23, tuvo que emigrar á Francia. Sobre la situación de la España de entonces ha dejado el mismo Lista una composición poética que debe estudiarse y aplaudirse como manifestación de un alma privilegiada y justiciera que dice la verdad para vergüenza de los tiranos, para enaltecimiento de los que lucharon por la libertad, para enseñanza de los venideros.

Huye, Ernesto infeliz, huye este suelo,
Que devora sus raros habitantes,
y no conoce la virtud: do cubre
Alma de tigre máscara alevosa
De religión mentida: do el perverso
En el nombre de Dios mata y sonríe
Y á su víctima insulta: do envenena
El vil error de la moral la fuente.
Ni el trono está seguro ni la choza
De su furia infernal... ¡Ay del monarca
Que en reprimirla piense! Mil legiones,
Agavilladas de furiosa plebe,
Bajo la enseña de la paz, los hurtos
Defienden que á la estúpida ignorancia
Un tiempo hicieran la ambición y el dolo;
Y el yugo asolador que los oprime,
La noble inteligencia embruteciendo,
Proclaman ley del cielo sacrosanta.

¿Quién contrasta la infanda tiranía
Que á las almas se atreve, do no llega
El dominio del cetro ó de la espada?
¿Qué no osará el poder á quien se postra
La mente soberana? No hay afecto
Libre de su opresión; el amor gime;
Yacen rotos los lazos conque une
El padre al hijo, á entrambos la consorte,

Benéfica natura; ya vacilan
De la moral las leyes eternas.
Obligación es delatar; dar muerte,
Un acto de heroísmo; las ideas,
Impiedad y ruina, sólo ensalzan
La estupidez, que sanguinaria y dócil
Reina de las virtudes se apellida.
¡Desgraciado de aquel que mostrar ose
Tu antorcha, ¡oh razón pura! los puñales,
Que el rencor y calumnia ya preparan.
Al fiero rayo del poder unidos,
Le herirán indefenso. ¡Muy más triste
Quien al público bien se consagrarse,
Ardida el alma en noble patriotismo!
No hay más artes aquí que echar la garra
Al fruto opimo del sudor ajeno,
Gritando ó libertad ó altar y trono.
¿Qué importa á estos impíos que su patria,
Arbitra en otros tiempos de ambos mundos,
Exhausta, pobre é ignorante, sea!
Ludibrio de las gentes? Si ellos gozan
Del artista y colono los despojos,
Que mil abusos á sus manos llevan,
Reinen estos abusos; y el que intente
Reformarlos, perezca; que es contrario
De las antiguas leyes venerandas,

Protectoras del ocio y de la fraude.
 Ni el asilo doméstico respetan,
 Ni dignidad, ni mérito. El esbirro,
 En el silencio de la noche obscura,
 Manto del crimen, su poder despliega,
 Y rompe el blando sueño, que á los hombres
 Bálsamo de los males y cuidados
 El cielo concedió. Gime el esposo,
 De su esposa y su prole dividido,
 Y en indignas prisiones aherrojado.
 Nadie goza el descanso; al inocente
 En sueños tristes atormentan; todos
 Se admiran, cuando ven la luz del alba

Rayar en el Oriente, no haber sido
 Despertados al grito de una fiera.

.
 Y ¿hay quien quiera morar en este bosque
 De bandidos y monstruos? ¿quien desee,
 Donde el poder al mérito persigue
 Tener parte en el mundo?... Ajenos climas
 Busquemos, do tranquila la inocencia
 En venturosa paz logra sus días;
 Do protege la ley sin echar lazos
 Y do la autoridad sólo se sienta
 En el bien que dispensa ó mal que evita.

Don Alberto Lista era el gran preceptor de su tiempo. Puede decirse que fué, sin ser ministro, el reorganizador de los estudios modernos en España según la ciencia y la crítica. El año de 1838 fundó en Cádiz el Colegio de San Felipe Neri, con un plan de enseñanza muy notable.

Un admirador de aquel grande hombre ha juzgado con su incomparable autoridad sus excepcionales méritos. Hablo de don Eduardo Benot, director que fué más tarde del mismo colegio.

En la conferencia que dió don Eduardo en el Ateneo de Madrid el año de 1886 dijo con razón lo siguiente:

«Indisputablemente era Cádiz la ciudad más culta de toda la península cuando don Alberto Lista fué á ella en 1838 á fundar el colegio de San Felipe Neri. Inmediatamente estableció su plan de estudios, que comprendía: Latín, Geografía, Historia, Matemáticas, Retórica y Poética, Física y Química, Historia Natural, Psicología, Lógica, Moral, Teodicea, Francés, Inglés y todas las asignaturas necesarias para las carreras especiales, particularmente la del comercio...

Esto (dice el mismo Benot) era en 1838, muchos años antes de que aparecieran los primeros planes de estudios de la enseñanza oficial. Y los planes de estudios de la enseñanza oficial no eran otra cosa que el mismo de don Alberto Lista, muy mermado, porque jamás en ningún Instituto de España se han dado tantas enseñanzas como se daban en el Colegio de San Felipe Neri de Cádiz.»

Ninguna semblanza moral para comprender perfectamente á don Alberto Lista como la que trazó la docta pluma de Benot.

«Lo característico—son sus palabras—de la fisonomía de don Alberto Lista, estaba en su expresión. Ante todo, en su expresión incomparable de bondad. Luego, don Alberto Lista se transfiguraba hablando, y entonces estas facciones transparentaban la hermosura de aquella inteligencia poderosa. No era alto, pero en Cátedra se crecía de tal modo, que á veces parecía un gigante. Su accionar era decoroso y semejante al de los grandes actores, en ser mera indicación de que pueden mucho más. Era miope, muy miope, y no gastaba nunca anteojos; de manera que, cuando hablaba, su vista no se fijaba en ningún individuo, ni en ningún grupo de su auditorio; por lo cual, su oratoria parecía el verbo de la ciencia impersonal. Su palabra, en que principalmente estaba el encanto de cuanto

decía, poseía cualidades al parecer incompatibles con ese encanto: su voz era reposada, á veces lenta, pero siempre facilísima y fecunda, como si el profesor se hubiese propuesto de intento hablar siempre despacio, para ser siempre perfectamente comprendido... Y sea que don Alberto Lista explicase, sea que encantara á sus oyentes con los ríos de su erudición ó sus cataratas de ejemplos, no bien el sabio profesor desataba los raudales de su elocuencia incomparable, cuando parecía que el salón se llenaba de una atmósfera de veneración y de respeto, y la impresión de su palabra se conocía inmediatamente en el silencio de la atención con que todos escuchaban; ¡qué fascinación aquélla! ¡qué poder el de aquel viejo venerable, que sabía imprimir todo cuanto decía en la memoria de sus oyentes, no percutiéndoles la inteligencia con frases de efecto, sino con la fuerza silenciosa del tornillo que penetra en la convicción!»

Aunque Lista fué sumamente apreciado por sus delicadas poesías, algunas de ellas clásicas, y que se estudian como modelos, con todo, como ha dicho Valera, «la alta estimación que obtuvo durante su vida y que después de su muerte persiste y se acrecienta, más la debió á su variada erudición en letras humanas, á su saber como matemático y á la decidida vocación y rara aptitud para la enseñanza, á la que se dedicó con atinado esmero y éxito dichoso. Ya sólo como profesor y ya también como director de colegio instruyó y enseñó á la juventud en Sevilla, Bilbao, Madrid y Cádiz. En Madrid, dirigiendo el colegio de San Mateo, logró tener muy brillantes discípulos, que honraron y glorificaron después á su maestro...

Entre los más famosos discípulos de Lista, que tanto le amaban y que se complacían en ensalzarle, debemos recordar y citar al Marqués de Molins, al Conde de Cheste, á don José de Espronceda, á don Ventura de la Vega, al limeño don Felipe Pardo y al entendido y laborioso escritor don Antonio de Ochoa, el cual escribió á la muerte de Lista un entusiasta elogio fúnebre de su querido maestro».

Como crítico fué el primero de su época. Todo lo juzgaba con acierto y competencia suma. La colección de sus trabajos sobre infinidad de materias es muy buscada, y sus estudios sobre los poetas clásicos dramáticos españoles siempre son examinados con estimación por los acertados juicios que atesoran.

El último biógrafo de Lista, don José M.^a León y Domínguez, canónigo de la Catedral de Cádiz, ha escrito preciosas páginas en alabanza del sabio.

Y de los postreros años de su vida, dice así:

«Lista abandonó á Cádiz en el año 1844.

Dijose entonces que una grave disidencia entre la Junta propietaria del Colegio y su rector, don Jorge Diaz, había sido la causa de la vuelta á su patria, Sevilla. Pero los que ahondan un poco más en los misterios del corazón humano, atribuyen á otro motivo su retirada de Cádiz.

Y, en efecto, quien había cantado aquello:

Dichoso el que nunca ha visto
Más río que el de su patria,

Y duerme anciano á la sombra
Do pequeñuelo jugaba;

el que recordaba hasta *las flores de su pobre jardinito de su casa de Sevilla*, no podía ser feliz en Cádiz. Contaba 69 años y sólo soñaba con su adorada Sevilla.»

Con el cariño y adoración de toda España, allí murió Lista el 5 de Octubre de 1848.

Uno de los hispanófilos más célebres y de verdadero mérito que debe ser considerado como crítico español del siglo XIX es el sabio alemán don Juan Nicolás Böhl de Faber. Era gran propagandista de las doctrinas de Schlegel en España, y á él pertenece el mérito de que empezaran á comprenderse y estimarse en su real importancia los grandes trabajos de nuestro glorioso teatro clásico y se tributara al incomparable Calderón de la Barca la veneración merecida.

Don Antonio Alcalá Galiano, que era á principios del siglo tenazmente clasicista, sostuvo opinión contraria á la sustentada por Böhl de Faber. Este volvió á su patria, é hizo imprimir en Leipzig *La Floresta de rimas antiguas castellanas* y *El Teatro Español anterior á Lope de Vega*. Estos libros circularon mucho en España desde el año 1822 al 33, y por el estudio de tan útiles producciones se comprendió que era preciso rectificar los juicios equivocados que hasta entonces se formaban.

Sin que hiciera esfuerzo por modificar su opinión antigua como hombre de prudencia y de recto espíritu crítico, don Antonio Alcalá Galiano dijo después lo que pensaba sobre el asunto, que era opuesto á sus anteriores convicciones en este punto.

Por eso, como advierte el ilustre crítico Valera, le cabe la gloria de haber difundido en nuestro país, á su vuelta de la emigración, *las más sanas y castizas doctrinas que sirvieron de base y cimiento á la nueva escuela literaria, llamada romántica, y el espléndido florecimiento que entre nosotros tuvo.*

Son muy notables estos dos párrafos en que examina el crítico la hermosa labor de Alcalá Galiano:

«El extenso prólogo escrito por él para el *Moro expósito*, del Duque de Rivas, traza á grandes rasgos la historia de la poesía en Europa; aprecia con imparcialidad y lucidez el mérito y el carácter de la poesía de cada época y de cada pueblo, acaso excediéndose sólo en alabanzas á la de Inglaterra, é infiere de todo una doctrina estética que, lejos de someter la inspiración á nuevos dogmas ó de aprisionarla en caprichosa red de preceptos y reglas, proclama y pide la más amplia libertad del arte. La mejor y más legítima poesía es aquella que, desatendiendo la servil imitación de antiguos modelos, acierta á expresar con sinceridad y con brío lo que se siente y lo que se piensa en cada nación y en cada período histórico. Por eso, aunque Galiano estima nuestra poesía lírica erudita de los siglos XVI y XVII, y la renacida en nuestros días, desde Meléndez hasta ahora, pone como centro y foco del espíritu poético de nuestra nación el antiguo romancero y aquel rico y maravilloso teatro, cuyo valer en otro tiempo había menospreciado.

Como crítico ya se ve que Galiano rayaba en la mayor altura, y aunque no se apoyase en ninguna muy bien meditada metafísica, había desechado la rastrera filosofía francesa del siglo XVIII, que en su juventud le había perjudicado y extraviado.»

Es chistoso el siguiente caso que refiere el mismo Valera de don Antonio:

«Galiano, tal vez sobrado escéptico en esto, calificó de menos real que legendario el personaje del Cid, según nos le retratan la canción de gesta, los antiguos romances y los dramas y las tragedias. Enojadísimo con esto un caballero muy linajudo que aseguraba descender del Cid, no sabemos si por D.^a Soló por D.^a Elvira, pues no consta que el Cid dejase sucesión masculina, puso pleito á Don Antonio porque menoscababa lo mejor de su estirpe. Citado Don Antonio á juicio de conciliación, tuvo que presentarse, llevándome de hombre bueno. La controversia que tuvo con su demandante en presencia del juez municipal, controversia de que fui yo testigo y en la que intervine para suavizar su aspereza, fué tan erudita como graciosa, y bien merecería que yo la refiriese punto por punto sino recelase llenar con esto la mitad de un tomo.»

Murió Alcalá Galiano en Abril de 1865, dejando fama de orador elocuentísimo, insigne literato y profundo pensador.

Supera como crítico á los anteriores don Agustín Durán, que ha tenido la gloria de haber enaltecido nuestro teatro nacional con un estudio superiormente concienzudo, y difundió ideas aceptadas hoy en gran parte por los críticos sucesivos.

Ya en 1828 publicó un magnífico *Discurso* sobre el influjo de la crítica moderna en la decadencia del antiguo teatro español, y sobre el modo con que debe ser considerado para juzgar convenientemente de su mérito peculiar. Influyó mucho en la opinión pública tan importante dictamen.

Demostraba Durán en él que el drama antiguo español es, por su origen y por el modo de considerar al hombre, distinto del que imita al griego. Que esta diferencia la constituyen dos géneros diversos entre sí, los cuales no admiten del todo iguales reglas ni formas en su expresión; y que siendo el drama español más eminentemente poético que el clásico, debe regularse por reglas y licencias más distantes de la verosimilitud prosaica que aquéllas que para el otro se hallan establecidas.

También defendió á Tirso de Molina y analizó con el superior criterio que le distinguía dos de sus obras más importantes, *La prudencia en la mujer* y el *Condenado por desconfiado*. Partidario de las opiniones de Böhl de Faber, explanó su pensamiento con sorprendente perspicacia, haciendo ver cuán equivocados é injustos estuvieron los que por rendir parias al pseudo-clasicismo francés menospreciaban los tesoros de inspiración de la gran escuela dramática española del siglo XVII.

Demostró también, publicando en 1843 la colección de sainetes, tanto impresos

como inéditos, de don Ramón de la Cruz, que el ingenio español había conservado aún en el siglo XVIII rasgos propios y originales alientos para producir obras típicas literarias sin necesidad de imitaciones extrañas.

Otra labor de singular valer y significación, por él acometida y realizada felizmente, fué la publicación de un *Romancero general*, materia sobre la cual habían ya dado ensayos los escritores alemanes; pero desde 1828 empezó él á imprimir con aplauso de las personas doctas sus colecciones, que superaron á todas, y luego complementó su magnífico trabajo en los dos tomos de la *Biblioteca de autores españoles*, de Rivadeneyra, donde dejó clasificados, ordenados, ilustrados y reunidos toda clase de romances, desde los moriscos, amatorios y jocosos hasta los históricos y caballerescos. Es interesantísimo el discurso preliminar, que bastaría por sí solo para colocar á don Agustín Durán entre nuestros más notables críticos.

Desde 1839 fué académico de la Española, y respetado por todos los amantes del saber, falleció en Madrid en 1862.

Hablando Valera de este hombre ilustre, dice de su mérito como coleccionador del *Romancero* que fué superior el servicio que hizo, porque así abrió ó allanó el camino que otros doctos escritores han seguido más tarde para poner en claro conocimiento de toda la poesía épico-popular de los españoles, la más rica acaso de los pueblos de Europa; poesía que dimana de las antiguas canciones de gesta, aristocráticas en su origen, en su forma con algo de exótico é importado, y quizás por la primitiva rudeza del lenguaje, no llevadas á perfección artística.

«La informe riqueza (palabras textuales de Valera), el rudo tesoro que aquellas canciones contenían hubo de derramarse copiosamente desde antes de mediado el siglo xv en más alto y fácil estilo, en versos octosílabos y asonantados, creándose así los que en estricto sentido se llamaron romances, epopeyas fragmentarias y breves, las cuales, enlazadas á veces por el hilo de una singular historia, componen algo á modo de una sarta de perlas de maravillosa hermosura. La producción de esta poesía épico-popular llega hasta nuestros días, y Durán contribuyó, antes y más que nadie, á elevarla de nuevo de la postración y del injusto menosprecio en que había caído.»

Hemos ya hablado de don Mariano José de Larra como novelista y satírico pintor de costumbres, y al ocuparnos de él como crítico vamos á encomiar de nuevo sus poderosas facultades para la crítica literaria, en la que descolló durante la primera mitad del siglo xix, quedando su nombre consagrado como insigne Maestro por el asentimiento y admiración de los venideros.

Larra demostró sus grandes aptitudes críticas, sometiendo á su examen la creciente aparición del romanticismo en Francia, sin dejar de seguir paso por paso los efectos que de tal imitación se produjeron en España. Con justicia y verdad analizó los hermosos ensayos que aquí se hicieron, y sin ser romántico decidido, contribuyó al triunfo del nuevo movimiento artístico, sabiendo apoyar lo

verdaderamente bueno sin el espíritu de restricción que apasionaba á los secuaces del clasicismo. Su modo franco y al mismo tiempo justo hacía ver lo que debía seguirse, sin que ni las conveniencias ni los prejuicios le animasen en su conducta fiscalizadora.

Ese es el singular mérito que nosotros queremos hacer notar en él. A pesar de su condición descontentadiza, atrabiliario en muchas ocasiones, supo conservar siempre un prudente término medio para juzgar obras y autores. Su idiosincracia burlona y ferozmente satírica cuando hablaba de política ó de costumbres, no entraba nunca en la depuración analítica de una obra que conceptuara digna de la crítica. Interpretaba entonces su noble magisterio con pureza y amor artístico. Todo se sometía á la inspiración y al deber de su sacerdocio estético.

Ni en saber ni erudición superaba á Lista, á Quintana, á Alcalá Galiano; y, sin embargo, sorprende con qué acierto, firmeza y tino sabe tratar todo lo referente á la inspiración, dotes y condiciones especiales de cada escritor con soberano dominio de los diversos asuntos examinados. Eran rasgos de su potente genio que le hacían pensar y dictar su juicio con perfección que seduce, con rectitud que enseña y admira.

Larra fué desgraciado por vivir en España, porque su talento no podía ser bien comprendido en una nación donde no eran siquiera leídos y estimados del público en general los mejores escritores. Esto le contrariaba por extremo. Bien amargamente se quejó de ello en algunas ocasiones. «Escribir y crear (decía) en el centro de la civilización y de la publicidad, como Hugo y Lherminier, es escribir... Escribir como escribimos en Madrid, es tomar una apuntación, es escribir en un libro de memorias, es realizar un monólogo desesperante y triste para uno solo. Escribir en Madrid es llorar, es buscar voz sin encontrarla, como en una pesadilla abrumadora y violenta...»

No puede ni debe ser olvidado entre los críticos de este período el señor don Eugenio de Ochoa, literato de grandes disposiciones para la erudición, y que desde que marchó á París, por sucesos políticos en que intervino en España, desde el año 1837, trabajó con mucho fruto en beneficio de la madre patria.

En sus apuntes para una biblioteca de escritores españoles contemporáneos, dejó consignados muchos datos y juicios acerca de los literatos que produjeron obras notables en los tiempos de más fervor del romanticismo, siendo de los primeros que defendieron resueltamente los procedimientos de la nueva escuela, puestos en práctica por el Duque de Rivas, en *Don Alvaro ó la fuerza del sino*.

Fueron numerosísimas las obras que tradujo de Dumas, Víctor Hugo, Soulié y Bouchardy, y algunas novelas de Walter Scott.

Sus colecciones del Parnaso español; sobre el Teatro español desde sus orígenes; de los poemas españoles épicos, sagrados y burlescos; de historiadores místicos, novelistas, etcétera, circularon profusamente y divulgaron en España y América, libros interesantes en ediciones curiosas y baratas.

Y escribió un Catálogo razonado de los manuscritos españoles que había en su tiempo en la Biblioteca Real de París.

Como periodista y crítico, su labor fué tan considerable, que podrían formarse más de seis tomos de lectura con sus artículos de erudición sobre diversos asuntos.

Don Eugenio de Ochoa, que había nacido en 1815, murió en 1872.

Los distinguidos escritores don Pascual Gayangos y don Enrique Vedia, tradujeron del inglés y publicaron en 4 tomos en 4.º, la *Historia de la literatura española*, que había escrito el angloamericano Fiknor. El último tomo de la obra contiene preciosos documentos. Vió la luz en Madrid, de 1851-1854. Las notas de todos los volúmenes son de sumo interés.

Gayangos, como crítico en la especialidad de los libros de caballerías, dejó un admirable trabajo preliminar, que hay que estudiar con preferencia á todos los del mismo género, en el tomo correspondiente de la *Biblioteca de Rivadeneyra*. Lo mismo puede decirse del otro tomo de la citada *Biblioteca* en la obra que se titula la *Gran Conquista de Ultramar*.



Pascual Gayangos.

La memoria de don Dionisio Solís; que como poeta y como crítico se hizo notar bastante hasta el año de 1834, fué recordada, con sinceros elogios que la conservarán con sumo aprecio, por aquel ingenio fecundo y literato eminente, que sellamó don Juan Eugenio Hartzenbusch.

Había nacido don Dionisio en Córdoba, el año de 1774.

Por su constancia y aplicación al estudio, cultivó él mismo su talento y disposiciones naturales.

Estuvo empleado como apuntador en el teatro de la Cruz.

Sus ideas liberales le acarrearón muchos disgustos en tiempo de Fernando VII.

Fué hombre tan entendido en el arte de la declamación, que el célebre Máiquez estimaba mucho sus consejos.

Hizo traducciones y arreglos de dramas extranjeros.

La obra más estimada de Solís en este concepto es su traducción en verso del *Orestes*, de Alfieri.

Su poesía *La pregunta de la niña*, es muy linda.

Madre mía, yo soy niña;
No se enfade, no me riña.

Pues Blasillo el otro día,
Cuando mismo anochece,
Y cantando descuidada
Conducía mi manada,
En el bosque, por acaso,
Me salió solito al paso,
Más hermoso que el amor.
Se me acerca temeroso,
Me saluda cariñoso,
Me repite que soy linda,
Que no hay pecho que no rinda,
Que si río, que si lloro,

A los hombres enamoro,
Y que mato con mirar.

¿Sabe usted lo que decía
El taimado qué quería?
Con vergüenza lo confieso,
Mas no hay duda que era un beso,
Y fué tanto mi sonrojo;
No sé cómo no morí...

Diga usted con qué se cura
O mi amor ó mi locura,
Y si puede por un beso,
Sin que pase á más exceso,
Una niña enamorarse,
Y que trate de casarse
A los quince de su edad.

En el primer tercio del siglo XIX prevalecía, como sabemos, el pseudo-clasicismo francés en el teatro, y el nuestro del siglo XVII era mirado con desdén ó menosprecio por el público. Dedicó entonces don Dionisio su inteligencia y concimientos escénicos á la refundición de muchas hermosas joyas del teatro clásico español, ajustándolas al gusto moderno y á las reglas de la moda. «Por él revivieron así en la escena (dice un crítico) y fueron gustadas y aplaudidas *La villana de Vallecas*, *La celosa de sí misma*, *García del Castañar*, *El rico hombre de Alcalá*, *El alcalde de Zalamea*, *Marta la piadosa*, *Por el sótano y por el torno*, *El escondido y la tapada* y otras muchas obras, que refundió con tino, imitando primorosa y diestramente el estilo y el lenguaje de los antiguos autores.»

Don Juan Eugenio Hartzenbusch tributa elogios á algunas tragedias y comedias que compuso Solís y no se representaron. Se titulaban las tragedias: *Tello de Neira* y *Blanca de Borbón*; y las comedias: *La pupila* y *Las literatas*.

Don Dionisio Solís quería la regeneración del Teatro español, depurándolo «de los delirios en que abunda» y que no se atrevió á negar.

Amigo y compañero del célebre Lista, en la enseñanza de la juventud, fué don José Gómez Hermosilla; pero con una estrechez de miras tan exagerada, que fué tenaz sostenedor y defensor de los preceptos de la escuela pseudo-clásica francesa hasta en los momentos que las nuevas tendencias reformadoras se aceptaban ya por algunos que los habían sostenido con singular cariño.

Era muy perito Hermosilla como gramático, y como traductor de la *Iliada* consiguió mucho nombre; pero en lo demás no veía más que según la doctrina de Boileau, y no había para él más Dios literario que Moratín, hijo. Tales exclusivismos literarios no podían conducir á razonada crítica, ni era posible que produjeran otros resultados que el de eternizar los antagonismos y las disputas estériles.

Así, su *Arte de hablar en prosa y verso*, es obra que no podía servir sino para sancionar faltas de criterio ya conocidas, y no escrita con la amplitud de miras artísticas que pudo haber aprendido de Lista, si su talento hubiese igualado á su tenacidad.

Don Francisco Martínez de la Rosa, clasicista francés como Herosilla, se equivocó también al dar á la estampa en París (1827) su *Arte poética*, que Valera califica de atrasada.

«En dicha *Arte poética* (dice) apenas se nota indicio de que su autor conociese algo de cuanto ya habian escrito Lessing, ambos Schlegel, Manzoni y otros, para romper las trabas del pseudo-clasicismo francés y para derogar sus arbitrarios preceptos. Con timidez escrupulosa el autor sostiene, por ejemplo, las unidades de tiempo y de lugar, mostrándose más severo que Luzán mismo; aunque deseoso de parecer conciliador, procura extender el tiempo de la acción á poco más de un día, y casi permite á sus personajes dramáticos que no se queden encerrados en la misma estancia, y que se paseen y aparezcan en otras habitaciones ó dependencias de la misma casa ó palacio.»

Martínez de la Rosa fué más afortunado como traductor de la *Epístola* á los Pisones. Las notas que puso á su defectuosa *Arte poética* no son de gran importancia en orden á la crítica, en la cual verdaderamente no sobresalió nunca.

Martínez de la Rosa no logró substraerse á la influencia del romanticismo francés.

Tampoco llegó á librarse del predominio del romanticismo español—un notable crítico, don José de la Revilla, padre del gran profesor de la universidad de Madrid, del mismo nombre, cuyas obras literarias se conservarán siempre con gloria.

Don José de la Revilla habia escrito una Memoria, premiada por la Academia sevillana de Buenas Letras en el año de 1833. Era un juicio crítico de don Leandro Fernández Moratín como autor cómico, y comparación de su mérito con el del célebre Molière. Censura enérgicamente á los románticos por sus audacias y se lamenta de los *vicios inveterados que mantenían nuestra poesia teatral* (antes de aparecer Moratín) *en un estado vergonzoso de rudeza y extravagancia.*

Años después, modificadas las ideas del crítico, como profesor en el Ateneo, elogió algunas poesías de la escuela romántica.

La verdad es que se abría camino para un nuevo método de examen literario y no se podía seguir con el sistema absurdo de los exclusivismos cerrados. Las palabras del mismo Alcalá Galiano, llamando al *teatro español del siglo XVIII planta raquítica que manifiesta á las claras su origen extranjero y aclimatación imperfecta*, hicieron comprender al público un cambio de opiniones que debía estudiarse. Durán comprobó la importancia del movimiento iniciado. El mismo Lista, respetado por todos, en las conclusiones de sus trabajos sobre el romanticismo, llegó á sostener rotundamente:

«Nosotros designaremos las composiciones con los títulos de BUENAS Ó MALAS, sin curarnos mucho de si son CLÁSICAS Ó ROMÁNTICAS.»

No parecía esto extraño, si recordamos que ya el año 1819, don Manuel Silveira, al publicar en París, en colaboración con don Pablo Mendibil, una *Biblioteca selecta de literatura española*, aunque fervoroso amigo de Moratín, no se confor-

maba con su rigidez conocida, y trae en su discurso preliminar muy curiosas observaciones.

Hubo otros literatos de renombre que profesaban ó se adherían á las mismas tendencias expansivas, entre los que debe citarse al ilustre traductor de Horacio, don Javier de Burgos.

Don Enrique Gil y Carrasco, de quien oportunamente hemos hablado como poeta lírico y novelista, fué también crítico muy distinguido; crítico de juicio penetrante, amplio y seguro, como le califica acertadamente don Gumersindo Laverde Ruíz.

Publicó en 1838 un extenso y muy importante juicio crítico sobre el drama *Doña Mencía*, que escribió Hartzenbusch. Como que esta producción es admirable censura de las infamias inquisitoriales, el Padre agustino Blanco García, con su modo peculiar de juzgar cuando tiene que callar ante las verdades, se limita á decir que su juicio «trasciende á parcialidad, impuesta por el medio ambiente y las preocupaciones en boga».

La verdad es que en el juicio de la obra de Hartzenbusch, como en todos sus trabajos de igual índole, demostró singular penetración, tino y acierto el señor Gil y Carrasco.



Antonio Ferrer del Río.

No puede negarse que además de sus méritos como autor dramático, escribió y trabajó mucho oficialmente por la organización de la enseñanza pública, el señor don Antonio Gil de Zárate.

Su *Manual de literatura* y su *Resumen histórico de la literatura española*, aunque obras deficientes en el tiempo que se publicaron (1842-1844), fueron debidamente apreciadas. La escuela retrógrada se ensañó contra este escritor, tan digno de elogio por su producción dramática *Carlos II el Hechizado*.

Don Antonio Ferrer del Río publicó el año 1846 su apreciado libro *Galería de la literatura española*, aportando datos interesantes sobre los literatos contemporáneos, con juicios justos en su mayor parte y apuntes incompletos sobre algunos otros. De todas suertes reveló el trabajo de un literato indagador y estudioso digno de aceptación.

Sus obras históricas son muy notables, especialmente su *Historia de Carlos III*, censurada por la escuela jesuítica porque contiene muchas verdades.

Don Patricio de la Escosura, que hizo célebres las reuniones literarias que

tenía en su morada con sus amigos, dedicó también á la crítica algunos trabajos. Entre ellos merecen el aprecio de los hombres estudiosos los que compuso para el *Teatro escogido* de don Pedro Calderón de la Barca, para su estudio sobre *Moratin en su vida íntima* y el que se refiere á sus condiscípulos *Pardo, Vega y Espronceda*. Sus veleidades políticas le hicieron perder mucho en el concepto público. No se le puede negar mérito como escritor fecundo y vario, aunque su estilo es descuidado en las más de las ocasiones.

El Marqués de Molins, que en su *Vida de Bretón* ha dejado muchas interesantes referencias á don Patricio de la Escosura, se había dado á conocer desde el año 37 como orador y poeta. En el Liceo, como en el Ateneo de Madrid, dió infinidad de conferencias, llegando á ser crítico académico desde que ingresó en la Academia Española. Al frente de la traducción que hizo el Conde de Cheste de la *Divina comedia* del Dante, aparece un notable trabajo del Marqués, titulado *Doce estudios sobre Dante*. El libro que escribió acerca de Bretón de los Herreros, hizolo por encargo de la misma Academia, así como antes había preparado otro sobre la sepultura de Cervantes.

El Marqués de Molins fué crítico de mucha estimación.

De uno de los críticos más renombrados que hubo en el siglo XIX hemos de hablar ahora, que murió sin la recompensa merecida, aunque su memoria es venerada entre los extranjeros. Hablamos de don Cayetano Alberto de la Barrera. Todos los trabajos debidos á su erudición y talento son superiores y deben ser consultados para la *Historia literaria* de España.

La Barrera había nacido en Madrid, el día 7 de Agosto de 1815. Fué bautizado en la parroquia de San Martín.

«Me crió y educó (dice un papel por él mismo escrito y que inserta la *Crónica de los cervantistas* (1873) por cariño y por auxiliar á mis padres, desde que cumplí los tres años, mi tía D.^a Francisca de Flores y Pinteño, hermana del insigne jurisconsulto don Joaquín Juan de Flores, secretario que fué de la Real Academia de la Historia.

Seguidos en dos diversas escuelas los estudios de primera enseñanza, comencé los de latinidad en el año de 1825, continuándolos por tres cursos en el Colegio imperial de la Compañía de Jesús, y obteniendo varios premios en los exámenes públicos.

Desde 1827 hasta 1828 seguí en Santo Tomás un curso de Lógica, y volví luego á contarme entre los alumnos del Colegio imperial, entrando á estudiar primer año de Matemáticas en Octubre de 1828. A principios de 1829 pasé, por fin, á vivir con mis padres. Estudié Física experimental en San Isidro, de 1829 á Junio de 1830; y durante el verano y otoño, Botánica en el Real Jardín, con especial afición á este ramo de la Historia natural.

Al elegir carrera, tal vez me hubiera decidido por la Jurisprudencia, si mis padres no hubiesen dispuesto de medios para sostenerme en Alcalá de Henares,

donde estaba la Universidad. Un cálculo mal formado me separó entonces de la Farmacia, y sin vocación alguna emprendí la carrera médica, entrando á cursar primer año en el Colegio de San Carlos, en Octubre de 1831. Gané el año con censura de Bueno, y recibí en el mismo Colegio el grado de Bachiller en Filosofía, el 27 de Marzo de 1832 »

Hasta aquí los datos autobiográficos que había escrito don Cayetano y comunicó el señor don Juan Eugenio Hartzenbusch, al director de la publicación referida, don Ramón León Máinez.

Este mismo señor era gran admirador de La Barrera, y amplía con nuevos informes lo referente á su vida y escritos.

El padre de La Barrera, que lo fué don Antonio de la Barrera y Canales, había militado voluntariamente en la gloriosa guerra de la Independencia, y se halló en el memorable sitio de Zaragoza.

Don Cayetano decía en una de sus cartas, que «su educación fué liberal, en el sentido genuino, franco, abierto, ajeno á las distinciones y sutilezas anfibológicas de los modernos farsantes.»

En sus conversaciones solía decir que no conocía más legalidad constitucional que la de 1812 y 37.

La transformación política del 56 retrajo á don Cayetano de la lucha de los partidos.

Don Cayetano no había nacido para médico ni farmacéutico. Su vocación verdadera fué siempre para los trabajos de erudición y crítica. Era tal la afición de La Barrera hacia los estudios literarios, que ni aun en medio de las habituales ocupaciones de su carrera, los olvidaba.

Así es que después de su retraimiento voluntario de la política, se entregó con un entusiasmo fervoroso á las tareas bibliográficas, para lo cual poseía dotes muy relevantes. Muestras había dado ya de su vasta erudición en diversos trabajos de este género, cuando la celebración de un certamen en la Biblioteca Nacional, el año de 1860, le brindó ocasión propicia para demostrar toda su valía como bibliógrafo. Versaba el tema sobre un *Catálogo bibliográfico y biográfico del Teatro antiguo español*.

La Barrera presentó al concurso un trabajo tan original, tan extenso, tan detallado, tan perfectamente peregrino, que no pudo por menos de llenar los deseos del Jurado, y obtuvo justísimamente el premio. Esto echó el sello á su reputación literaria.

Los extranjeros, especialmente los ingleses, que en tanta estima han tenido siempre la literatura española, acogieron con plácemes el volumen laureado, llegándose al punto de clasificar las comedias de nuestro Teatro, existentes en el Museo Británico, con arreglo al catálogo de nuestro autor, á quien tan justa como adecuadamente apellidaron BENEMÉRITO DE LAS LETRAS.

Esta obra ha de ser buscada siempre por todos los hombres doctos, pues es un estudio perfectísimo, en lo posible, de nuestro Teatro antiguo. «Indudablemente

hará que el nombre de La Barrera no se olvide en nuestra Literatura,» como dijo el excelente bibliófilo valenciano don Manuel Cerdá.

De la grandiosa labor que don Cayetano ha dejado para enseñanza y admiración de todos los eruditos, bastará que cite los trabajos que recordamos.

Para la *Colección de las obras completas de Cervantes*, publicada por Rivadeneira (1863-1864) contribuyó con trabajos preciosos de erudición y crítica. En el tomo 1.º se pusieron las *nuevas investigaciones acerca de la vida y obras de Cervantes*. En el tomo 2.º las *Notas al Canto de Caliope*, y en el 12 y último los datos biográficos sobre los escritores citados por Cervantes en el *Viaje del Parnaso*.

En la *Revista de Ciencias de Sevilla* publicó, del año 1855 al 60, curiosos trabajos sobre *El Buscapié* y *Notas á la vida de Cervantes*.

En 1867 publicó en Madrid, en casa de Rivadeneira, un bellissimo libro titulado *Poesías de don Francisco de Rioja, corregidas en presencia de sus originales*. Esta impresión fué costeada por la Sociedad de bibliófilos españoles.

La Biblioteca Nacional premió otro trabajo de La Barrera en 1868, una extensísima y documentada biografía de López de Vega, que no se ha divulgado como su gran mérito exige. Se ha publicado, sin embargo, por la Academia Española en el primer tomo de las obras del prodigioso dramático.

Nóticias bibliográficas de varios impresos sueltos relativos á Cervantes y sus obras. (Tomo 1.º de la *Crónica de los cervantistas*: 1870-1871; Cádiz.)

Desde 1860, en que fué premiada su obra sobre el *Teatro antiguo español*, abandonó su antigua carrera de farmacéutico, ingresando como jefe de sala de manuscritos en la Biblioteca Nacional.

Murió el 31 de Octubre de 1872.

Sabemos que se conservan muchas cartas originales de tan esclarecido y poco estimado literato, por sus amigos queridos los señores Pardo de Figueroa (Doctor Thebussem) y León Máinez, autor de muchas obras referentes á Cervantes.

Los estudios bibliográficos, á los que nuestro autor se dedicó con afán incesante, son más importantes y beneficiosos de lo que generalmente se piensa. Ellos conservan siempre en la memoria de las personas ilustradas el nombre y las obras de los escritores de todos los siglos, é iluminan con sus acertadas observaciones las incertidumbres y dudas de la historia literaria de una nación en un siglo, en una época.

Dos literatos, insignes los dos, y críticos al mismo tiempo, honraron el apellido que llevaban: Fernández-Guerra y Orbe.

Don José, padre de don Aureliano y de don Luís, vivía en Granada y fué también eximio literato, habiendo escrito una notable historia de nuestro teatro, y arregló para la escena algunas comedias antiguas.

Dice uno de los biógrafos de los hermanos Fernández-Guerra que, con menos resonancia que Gallardo, Gayangos y Estévez Calderón, contribuyó como ellos á conservar encendido el fuego de la inspiración castiza y el gusto poético de la

España de los siglos XVI y XVII, resistiendo la avenida de nuevas ideas, modas y preceptos que sucesivamente iban llegando de Francia.

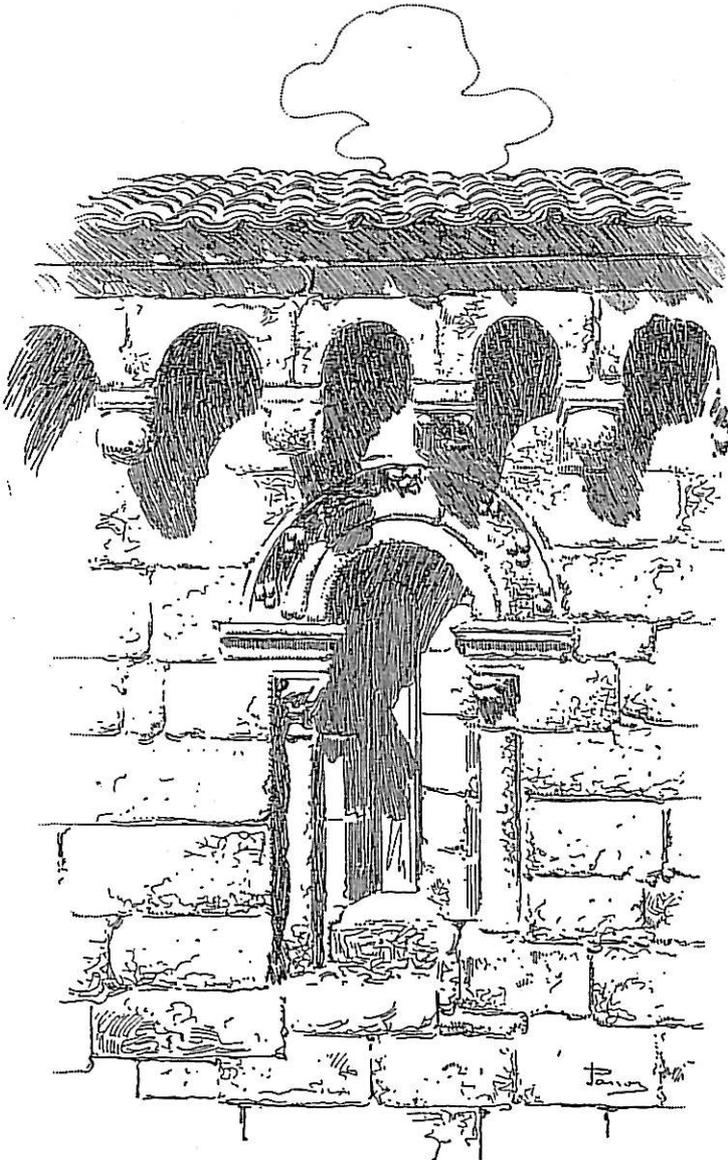
Don José, pues, supo enseñar á sus hijos sus mismos principios de buen gusto.

De don Aureliano nos queda una gallardísima muestra de lo mucho que valían su erudición y su crítica en la *Vida de Don Francisco de Quevedo*, por el castizo lenguaje y primoroso estilo, juntamente con la depuración de los pormenores históricos, que la distingue y avalora. El tomo de las obras de Quevedo, que editó

Rivadeneira, será siempre el que contendrá el texto más puro y clásico del gran escritor del siglo XVII.

Sobre antigüedades y otros asuntos escribió, pero no con el acierto que acerca de Quevedo. Por credulidad exagerada en lo prodigioso, sin crítica ni examen razonado, quiso sostener la patraña de que los restos del apóstol Santiago se conservan en Galicia; candidez pueril en un académico de la Historia, que no tuvo valor para rechazar tal imposición absurda de obscurantistas sin criterio, y quieren que todavía comulguen los pueblos con ruedas de molino.

Cosa que le honra, sin embargo, es haber averiguado y descubierto que el famoso poeta Bachiller Francisco de la Torre era una personalidad efectiva y sola, de cuya existencia se había llegado á dudar, atribuyéndose á Quevedo sus versos, porque los publicó reconociendo sus excelencias. No estuvo tan afortunado en las interpretaciones que hizo de algunas escenas del *Quijote*. Sus alusiones á varias personas del reinado de Felipe III, que él creyó retratadas por Cervantes en la



GALICIA — Ventana de la iglesia de Santiago en Ribadavia.

aventura de los ejércitos imaginarios, se convierten en meros sueños de la fantasía, cuando se examina con detención el asunto.

Valera no pudo dejar de decir á Fernández-Guerra su sincero parecer acerca de sus alambicamientos peregrinos.

«Si la imaginación acalorada del *Caballero de la triste figura* convirtió dos manadas de carneros y ovejas en los ejércitos del Emperador Alifanfarón de Trapobana y de Pentapolín Garamanta, «no fué menor (dice Valera) el esfuerzo de la imaginación de don Aureliano para convertir á Micocolemo, á Bandabarbarán y á los demás seres fantásticos creados por Don Quijote, en históricos y reales personajes de los que vivieron en España cuando Cervantes escribía».

Y añade don Juan que estuvo Fernández-Guerra enojado con él algún tiempo porque dijo humorísticamente á don Aureliano lo mismo que había dicho Sancho, en tono de incredulidad, á su amo y señor:

«¡Encomiendo al diablo, hombre, ni gigante, ni caballero de cuantos vuestra merced dice, parece por todo esto; á lo menos, yo nos veo; quizá todo debe de ser encatamento!»

Don Luis Fernández-Guerra, autor de varias composiciones dramáticas como su hermano, escribía en prosa con la pureza de un clásico. Ha dejado una obra incomparable en orden á las bellezas del estilo. Parece producción de un autor del siglo XVII, escrita por un académico del XIX.

Don Juan Ruiz Alarcón y Mendoza se titula este admirable libro. Es la mejor biografía que se ha publicado de aquel dramático insigne. Enlaza el autor los hechos referentes á Alarcón con el examen y descripción íntima de su tiempo, ofreciendo un cuadro tan interesante, que parece que asistimos á los sucesos historiados. ¡Con tal fidelidad, exactitud y colorido los pinta don Luis!

Merece también alabanzas este escritor por las investigaciones y entusiasmo con que trabajó para descubrir la verdad en la vida de don Agustín Moreto. Constan tan felices averiguaciones en el tomo de la biblioteca de Rivadeneyra, dedicado á las comedias del preclaro autor de *El desdén con el desdén*.

Ninguno de los escritores que emplearon sus esfuerzos y aptitudes para la indagación literaria pudo competir con don Juan Eugenio Hartzenbusch, no sólo erudito, sino crítico de excepcionales facultades, que en sus labores especiales acerca de Lope de Vega, Tirso de Molina, Calderón de la Barca y Alarcón, dejó reunidos los más hermosos trabajos dramáticos de aquellos varones inmortales. Estos tomos, donde abunda la más exquisita crítica, son muy estudiados en el extranjero. Como bibliógrafo formó resúmenes apreciadísimos de la riqueza dramática de aquellos autores tan celebrados. En el texto introdujo variantes, al-



Luis Fernández-Guerra y Orbe.

gunas acertadas, pues las impresiones antiguas tenían muchas deficiencias. Sin embargo, otras veces no resulta tan justificada la enmienda ó variación hecha: más bien parecía entonces alteración innecesaria que mejora reclamada por el texto primitivo.

Este mismo procedimiento siguió después Hartzenbusch en la corrección que hizo para la edición del *Quijote*, en Argamasilla. El texto cervantino corriente quedó tan desfigurado, que aquello no era ya una variación aceptable, sino una renovación sistemática ó alteración repetida en las palabras y en los conceptos, que daba otra lección diferente de la obra maestra de nuestra literatura clásica. Hubo algunos críticos que hablaban contra tales variantes, llegando á reputarlas como atrevida profanación. El más notable de ellos fué un literato murciano, don Zacarías de Acosta, que publicó diversas series de artículos en Madrid y en Murcia.

Es tan grande la nombradía de Hartzenbusch como hablista y como crítico que, venerando como es justo, su memoria, debemos tener en cuenta la importancia de la innovación para disculpar el procedimiento. Hartzenbusch no iba guiado por deseo de notoriedad ni por el ciego amor propio. Su gran erudición y conocimiento profundo del idioma le hacía creer en tal ó cual período ó párrafo que Cervantes, ó los cajistas, le habían hecho decir lo que no fué escrito por él mismo, y en este supuesto, juzgaba desde luego la oportunidad de la modificación; pero también Hartzenbusch podía padecer equivocaciones y querer que se admitiesen nuevas lecciones sin un motivo fundado. De donde se llegaba á una conclusión; que no debía adoptarse ni admitirse un nuevo texto del *Quijote*, como Hartzenbusch pretendía, sino respetar y seguir el texto más aceptado del tiempo mismo de Cervantes, con aquellas únicas variantes que pudieran y debieran ser aceptadas sin controversia.

Sin embargo, Hartzenbusch siguió creyendo que era preciso una total depuración del texto cervantino. Y este nuevo trabajo de su laboriosidad formó un tomo que contiene las 1,633 NOTAS que puso para corregir las erratas de la edición de 1605, que el año de 1871 reprodujo por medio de la Fotolitografía, en Barcelona, el sabio coronel señor López Fabra, de gratísima memoria para todos los españoles.

Don Manuel Milá y Fontanals era un ilustre crítico de Cataluña, á quien debe la literatura española muy selectos trabajos de investigación y acierto. En lo referente á los principios estéticos ha propagado ideas preciosas, con profundidad filosófica que revela su original manera de pensar.

No menos dignos de estudio y meditación son sus trabajos acerca de la poesía popular en sus diversos aspectos; poesía histórico-popular castellana; agrupación de materiales que constituyen los mitos legendarios; cantares de gesta y romances primitivos, con observaciones interesantes sobre estos asuntos, en que coincide á veces con lo dicho por don Agustín Durán ó hace nuevas indicaciones muy atendibles.

Merece citarse, al lado del sabio profesor Milá y Fontanals, el insigne erudito don Joaquín Rubió y Ors, gran propagador de los Juegos florales en Cataluña, autor de varias obras muy conocidas y biógrafo del mismo Milá.

También es justo recordar á don José Coll y Vehí, por sus originales y peregrinos estudios sobre enseñanza, literatura é historia.

Don Leopoldo Augusto de Cueto, que desde 1858 pertenecía á la Real Academia Española, dedicó lo mejor de su vida á la composición de una obra monumental, que no olvidarán nunca los amantes de los estudios críticos. Su *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII*, «donde se da (dice Valera) idea exacta y bastante completa del movimiento intelectual de España en el mencionado período y en lo tocante á bellas letras.»

El señor Cueto dirigió también la rarísima edición que hizo la Academia de la Lengua de las *Cantigas del Rey Don Alonso el Sabio*.

¡Gasto exorbitante que casi no ha servido de nada para la general erudición y cultura!

El señor Cueto era poeta y profesaba y defendía la libertad en el arte. Algunos de sus discursos académicos son muy notables.

Don Leopoldo alcanzó edad avanzada. Había nacido el 15 de Julio de 1815, en Cartagena, y murió en Madrid el 20 de Enero de 1901.

Como crítico digno de recordación debemos citar también á quien tantas muestras tenía dadas, desde su primera juventud, así de su feliz ingenio como de sus verdaderas dotes para la investigación y el examen concienzudo. Nos referimos á don Ramón de Mesoneros Romanos.

Bien patentizó su competencia para los trabajos de este género que publicó en los tomos de la Biblioteca de Rivadeneyra, donde se anotan, ilustran y examinan las producciones de los *Dramáticos contemporáneos de Lope de Vega y Dramáticos posteriores á Lope*. Allí se puede ver cuán perfectamente conocía nuestra literatura y con cuánta suficiencia juzgaba de todo, lo mismo en los apuntes biográficos que en crítica y bibliografía.

Don Adolfo de Castro era gaditano, y desde el año de 1844 empezó á publicar obras que llamaron la atención en España y fuera de ella. Su *Historia de los ju-*



Manuel Milá y Fontanals.

dios, mereció elogios por sus datos de erudición. Fué pocos años más tarde muy celebrada como obra de gran alcance crítico su *Historia de los Protestantes españoles y de su persecución por Felipe II*.

El autor, en su dedicatoria del libro á don Juan Pedro Muchada, diputado á Cortes, decía en 1851 lo siguiente, que es muy curioso:

«Desde los primeros años de mi juventud determiné escribir, querido amigo, esta *Historia de los Protestantes españoles*, asunto nuevo en nuestra literatura.

Es cierto que en Edimburgo (1829) se publicó una obra con el título de *History of the reformation in Spain* por Mac Crie; pero casi toda está fundada en lo poco que acerca de los luteranos en España dijeron Pellicer en su *Biblioteca de Traductores*, y Llorente en su *Historia crítica de la Inquisición*.

Busqué para formar este libro materiales desconocidos por el erudito escocés, y que paran en las bibliotecas públicas y de particulares en España.

Mi historia, ni en las noticias, ni en la manera de juzgar los sucesos se parece á la de Mac Crie.

En Mayo de 1847 terminé mi trabajo con descontento, pues deseaba yo adquirir aún más materiales y dar mayor perfección así al lenguaje y al estilo como á los juicios. Hice nuevas investigaciones, y después comencé á escribir otra vez la *Historia de los Protestantes españoles y de su persecución por Felipe II*, sin tener presente la que acabé en 1847 con el título de *Historia del Protestantismo en España en los reinados de Carlos V y Felipe II*. Las dos obras son distintas en todo. Aquélla fué hija tan sólo de mi deseo, y ésta es de mi deseo y de mi convencimiento.

Por eso ya saco á luz la segunda y la dirijo á usted, amigo mío, para que la acoja benévolamente como una memoria del constante afecto con que aprecia su amor patrio y su celo del bien público

ADOLFO DE CASTRO.»

En una Advertencia que antecede á la obra hace saber don Adolfo que, al mismo tiempo que en España el original, se publicaba en Londres una versión inglesa.

Un caballero inglés, llamado Tomás Parker, leyó algo de su trabajo y deseó trasladarlo todo á la lengua británica, para que apareciese á la vez la *Historia* en Cádiz y Londres.

Don Adolfo de Castro fué uno de los bibliógrafos y críticos más distinguidos de su tiempo.

La Historia de los Protestantes españoles es trabajo literario de alta estima.

Coleccionó los preciosos sainetes del gaditano don Juan del Castillo.

Publicó *El Buscapié*, falsedad ingeniosa que á tantas discusiones dió motivo. Anotaciones al *Gil Blas de Santillana*.

En la Biblioteca de Rivadeneyra estuvo encargado del arreglo é ilustración de

los tomos que se titulan *Curiosidades bibliográficas*, *Poetas líricos de los siglos XVI y XVII*, y *Obras escogidas de filósofos*.

Imprimió otra multitud de libros, algunos de mérito relativo, otros para sostener paradojas inadmisibles. Su manía predilecta era la de decir siempre algo nuevo.

Don Adolfo había nacido en Cádiz, el 7 de Septiembre de 1823, y murió en la misma ciudad el 13 de Octubre de 1898.

Su *Historia de Cádiz* es la única que hay escrita con método crítico y castizo lenguaje.

Perteneció á las Academias de la Historia y de la Lengua.

Don Manuel Cañete, que como poeta no pasó de una medianía, como crítico alcanzó señalado prestigio, aunque no se puede negar que en ocasiones no prevalecía la razón en sus trabajos, desde que estuvo dominado por los prejuicios de la reacción. Hombre que influyó bastante en determinada esfera social, no ejerció el magisterio de la crítica sin alguna sombra de doctrinarismo y amistad que deslustraba sus dictámenes.

En cerca de medio siglo que escribió como crítico, podrán conservarse algunos trabajos suyos dignos de aprecio. Era prolijo en los juicios, y el procedimiento que seguía para fundamentar sus razones llegaba á la pesadez.

Era, como hombre, benévolo; como censor, severo en demasía. Una de sus mejores obras es el *Teatro español del siglo XVI*. También debe estudiarse su discurso académico *Sobre el drama religioso español, antes y después de Lope de Vega*. En una serie de conferencias que dió en el Ateneo de Madrid, de 1847 á 50, explicó también un curso de literatura dramática.

Cañete había nacido en 1822 y murió en 1891.

Hemos de concluir el examen de la crítica literaria hasta 1868, con el elogio de su más esclarecido representante, don José Amador de los Ríos, que además de poeta inspirado y de muy depurado gusto, cultivó la crítica y la investigación histórica y literaria con verdadero amor y decidido empeño de su voluntad creadora.

Estas dotes de su gran talento le hicieron emprender una labor inmensa que, aun habiendo quedado incompleta, será siempre timbre glorioso de su inmortalidad y de su fama.

La Historia de la Literatura Española no estaba escrita. En 1766 habian emprendido los trabajos para publicar una dos frailes, Pedro y Rafael Rodríguez Mohedano; pero las dimensiones que le quisieron dar, impidieron la continuación de una obra que empezó por hablar de la literatura de los españoles hasta la venida de los griegos y cartagineses, y terminó en el tomo XIV, cuando se trataba de la literatura latina en tiempo de Lucano...

Al empezar la publicación de su *Historia crítica de la Literatura Española*, en

1861, el sabio catedrático de la Universidad Central, eran muchísimas las esperanzas que se concibieron respecto de lo trascendental del trabajo y del buen resultado de la empresa. Siete volúmenes dejó escritos y publicados el autor, y la obra no llega más que al reinado de los Reyes Católicos, cuando verdaderamente empieza la gran Historia literaria de España. El método analítico que sigue Amador de los Ríos es muy laudable. La erudición bien empleada, sin que haya exceso de lectura en la exposición de las materias respectivas. Pero en dilucidar muchos de los puntos examinados, precisaba en ocasiones ser más extenso de lo que el autor deseara; las dimensiones, pues, de las materias tratadas, eran las que reclamaban la mayor ó menor extensión del escrito; no la voluntad, no el intento del crítico.

Por eso, por ejemplo, al publicar el tomo II de su *Historia*, en 1862, creyó conveniente llamar la atención de los lectores sobre la importancia literaria del asunto en que iba á ocuparse, para refutar algunas palabras que merecían refutación y eran una injusticia lanzada contra la verdad de los hechos por un historiador inglés, el cual llegó á decir que los cristianos acogidos á las montañas de

Asturias habían caído en total barbarie, permaneciendo largo tiempo sin artes ni literatura.



José Amador de los Ríos.

«Esta aseveración (dice Amador de los Ríos) desmentida por tantos hechos y monumentos, enteramente desconocidos de los que la han emitido y sustentado, estaban exigiendo saludable correctivo. La tradición de las letras y de las artes no se interrumpe en el suelo de Asturias, donde logra salvarse, con la independencia del pueblo español, la civilización hispanolatina, representada en Sevilla y Toledo por los Leandros é Isidoros, los Eugenios é Ildelfonsos. Demostración irrecusable de esta verdad hemos presentado ya al mundo artístico en el ensayo histórico-crítico, dado á luz el año último con el título de *El Arte latino bizantino en España y las coronas*

visigodas de Guarrazar: abrigamos ahora, respecto del mundo literario, la esperanza de que suspenderán al menos su juicio los hombres doctos é imparciales, deteniéndose á considerar, en vista de los estudios que en el presente volumen ofrecemos, lo que fué y significó en sus primeros días bajo todos conceptos, la obra inmortal de la reconquista, y lo que significó y todavía significa en la historia de la civilización española.

Y cuando, tras estas consideraciones de orden tan superior, reparábamnos en

la necesidad, por extremo imperiosa, de seguir paso á paso y reconocer en su vario desenvolvimiento el genio artístico-literario de España, para quilatar debidamente, según en lugar propio observamos, las leyes internas, á que sujeta su existencia, y las vicisitudes y accidentes que atañen á la realización de sus creaciones,—no podíamos ya abrigar duda alguna en que sólo adoptando el método realmente histórico, era hacedero echar durables cimientos á esta parte de nuestra *Historia crítica*, enlazando de una manera indestructible la gran manifestación latina con la manifestación que tiene por instrumento el habla de Berceo y del Rey Sabio, de Mena y de Santillana, de Lope y de Cervantes.

La dificultad de llegar felizmente á la meta indicada, parecía ser mayor á medida que se mostraba á nuestra vista más erizada de errores y contradicciones la única senda que á ella conducía: con el anhelo de la verdad y con la firme convicción de que no serían de todo punto estériles nuestras vigiliass, hemos atendido á dar cima á estas arduas tareas, procurando despojarnos en nuestras investigaciones de toda formal predilección y de todo espíritu de escuela.

A los hombres doctos que buscan la verdad, ajenos de toda preocupación y exentos de toda idea ó teoría por ellos irreflexivamente halagadora, sometemos gustosos el resultado de los trabajos comprendidos en este volumen, sin duda los más improbables por su naturaleza de cuantos puede ofrecer una *Historia crítica* respecto de cualquiera de las literaturas modernas.»

Para hacer merecida alabanza de esta monumental obra sería preciso escribir otra: tan admirable es por su información y acertada crítica.

Tachan algunos censores á Amador de los Ríos, de difuso, lo cual le era indispensable si había de tratar los asuntos con la claridad, interés y extensión necesaria.

«Nadie puede negar (dice Valera) y todos aplaudimos el saber, la elevada crítica y el talento del escritor, con que el Sr. Amador de los Ríos acertó á exponer con claridad y con orden lo más obscuro y desconocido hasta él, del desarrollo intelectual de nuestra patria.»

Amador de los Ríos ejerció también la crítica en cuestiones arqueológicas y de Bellas Artes, en las que fué asaz perito. Bien lo demuestran sus producciones *Sevilla pintoresca* y *Toledo pintoresco*, y otras de parecida índole.

Como obra histórica crítica que honra á España ha dejado tres gruesos volúmenes sobre los judíos españoles.

Escribió y publicó otros trabajos, dejando un nombre querido y venerado por los sabios.

Había nacido don José Amador de los Ríos, en Baena (Córdoba), el 1.º de Mayo de 1818, y murió en Sevilla el 17 de Mayo de 1878.

Gloria imperecedera á su memoria.
